

860-3(866) 6010
6686.
Ej. 2

TARQUINO TORO NAVAS

ONDAS CORTAS

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 10424 AÑO 1993	
PRECIO	EDICION



004819-J.

AMBATO-ECUADOR

MCMXXXIII

IMP. DEL COLEGIO «BÓLIVAR»

PORTADA Y EX-LIBRIS DE JORGE MIDEROS

Para todas aquellas mujeres bonitas que pasaron por mi delante impresionando mis sentidos; para todas aquellas que me amaron; para todas aquellas en quienes deposité un poco de amor; para todas aquellas que cautivaron mi corazón y robaron mi espíritu.

Morenas y rubias, de ojos negros, verdes o azules, perded unas horas de vuestra vida fugaz; y pasad una velada inútil, leyendo estas páginas.....

T. T. N.

Un Nómada

Nacido para las lejanías tenía en sus ojos grandes un velo misterioso de distancia. Y, no habiendo recorrido nunca tierras extrañas, había vagado con su espíritu nómada todas las regiones ignotas, todos los países lejanos de allá donde se pone el sol, las estepas solitarias, los límites de los desiertos áridos, los mares desconocidos y muertos.

En su espíritu de viajero errante existía toda la vorágine de lo desconocido, del azul lejano, del profundo de los abismos. Sus aspiraciones nunca saciadas revoloteaban alrededor de su cabeza hincándole sus agujijones con furia y saña.

Y, con todo esto se había adormecido en una pequeña villa pintoresca y cansada. ¡Cuánto su alma de viajero sufriría! Por eso vivía triste, por eso vivía alejado de los hombres. La sociedad con sus mordiscos de vampiro obstaculizaba todo su ideal: vivir para el arte y el amor: vivir por el amor y el arte.

Y, es que el arte encontraba en la naturaleza misma, en los paisajes de países lejanos, de las estepas solitarias, de los desiertos áridos, de los mares desconocidos y muertos.

Y, es que el amor hallaba en todas las mujeres; en aquellas mujeres que proyectan sus escuálidas sombras bajo la amarillenta luz de lámparas sucias en los bajos-fondos de las ciudades populosas; en aquellas mujeres nómadas que andan al acaso de ciudad en ciudad golpeando los hoteles, golpeando las puertas siempre abiertas de solteros empedernidos; en aquellas mujeres que vislumbran públicos numerosos desde los escenarios con sus cuerpos ondulantes y lascivos; en aquellas mujeres dueñas de maridos taciturnos por el gran peso conseguido en una noche de baile; en aquellas mujeres que sofocan a los hombres enlazándoles con su estrella de buena o mala ventura. Y, aun todavía en aquellas mujeres místicas que consumen su alma al pie de los altares, mientras sus cuerpos arden de amor y de deseo; en aquellas alegres colegialas vestidas de azul.

El amor a todo lo desconocido, a todas las mujeres; el arte de lo desconocido, el arte de las mujeres: la obsesión por el arte y el amor.

Y, toda su séd de amor y arte se había refugiado en el corazón de una sola mujer. Si, de una mujer múltiple, nómada; de una mujer que habiendo recorrido muchas etapas de la vida no se sentía cansada, y, siempre anhelando andar, andar lejos por todos los caminos llevando en su alma «el polvo de todos los caminos». Ella había nacido pa-

ra él: había nacido errante, había nacido nómada y juntos habrían querido bogar los mares desconocidos y muertos; habrían querido atravesar las estepas solitarias, los desiertos áridos, admirando juntos, también, los paisajes de países lejanos de allá donde se pone el sol.

Y, sin embargo, la ruta en el camino de la vida había sido diversa. Se habfan cruzado casualmente una vez tendiéndose las manos como buenos amigos, como antiguos conocidos; abrazándose como dos espíritus en las brumas y en las sombras, para luego alejarse mucho, alejarse, quizá, para siempre, para siempre....La vida los había unido, la vida los había separado: sus almas iban juntas.

Y, desde aquel entonces iba él, nómada, solitario y triste buscando en vano la mujer que habiendo recorrido varias etapas de la vida no se sentía cansada, y, siempre anhelando andar, andar lejos por todos los caminos llevando en su alma «el polvo de todos los caminos».

Fué un amor . . .

Fue un amor lejano. Fue un amor que perduraba a través de los días, de las semanas y de los meses. Bien lo recuerdo. Era una nena que apenas contaba diez y siete años, y, en sus labios ligeramente gruesos y rojos «como un corazón», se dibujaba siempre una sonrisa de dulzura y de inocencia.

Quizá poco tiempo, quizá mucho tiempo ha pasado: no sé. Los recuerdos a veces parecen como de ayer y otras veces se pierden en la lejanía del tiempo.

Siempre he sentido al recordar de este amor una suave caricia, una delectación inexplicable. Por qué? Es que me había inclinado como un débil niño ante su mirada triste y glauca, ante sus mudos rizos, negros de azabache, de su blanca cabellera.

Fue una noche en el Teatro donde se toparon nuestras miradas por primera vez; fue en una mañana de campo donde le dí el último adiós, mientras se iba y se per-

día entre el ramaje. Bendigo la noche y bendigo la mañana; porque vi en sus ojos un cielo de ventura; porque vi en su fuga el alma de todas las mujeres. ¡Oh, los ojos y las fugas de nuestras amadas!

Y, ahora, tú y yo, quizá hemos conseguido un gran amor. Pero, mi amor es extraño, oculto, secreto, hacia una mujer todo alma, hacia una mujer que arde en las llamas abrazadoras de su espíritu. Pobre mi amor ido, pobre mi amor comenzado en una noche en el Teatro.

Hoy me abrumba más que nunca todo lo que fue, todo lo que pudo ser. Sigue tu camino de ventura, sigue la senda florecida de la vida, que se te ofrece. Yo en cambio, agotaré la última gota del verde licor de sus ojos—de ella—y escanciaré todo su amor con la locura inefable de mi juventud ardiente y caprichosa. Bien está: tú, quizá apenas recordando nuestro pasado; yo, amando locamente a una mujer toda alma, a una mujer que arde en las llamas abrazadoras de su espíritu.

Tú fuiste la sensitiva que apenas se abría al soplo mágico de un amor que murió en una mañana de campo; tú fuiste la nena que apenas contaba diecisiete años, que en sus labios ligeramente gruesos y rojos «como un corazón» se dibujaba siempre una sonrisa de dulzura y de inocencia; tú fuiste, quizá mi elegida, mi única, mi presentida. Hoy con mi destino, no sé si bueno o malo, tú mi presentida, tú mi única, tú mi elegida, te esfumas y desapareces en la penumbra de mi imaginación y de mi voluntad que van hacia otra mujer múltiple—hacia ella—errante y sentimental como mi alma loca y bohemía....

Pero, quizá los recuerdos se hicieron para cuando ya estemos viejos; mientras nuestra juventud no muera debemos vivir solamente del presente. Ahora, debemos sentirnos tristes o alegres. Hoy un hálito de tristeza me rodea. ¡Oh, la infinita dulzura de sentirse triste! Una angustia infinita dentro de mí surge mientras por mi imaginación siguen raudas, veloces, pasando las imágenes de la vida. La vida que nos brinda el cáliz del amor con su dulce néctar y su amargo acíbar. Dentro de cada copa de nuestro destino llevamos un acervo de ilusiones, de esperanzas, de desgracias y de dolores. Por eso, en el devenir de nuestra existencia no debe llamarnos la atención de lo que sucede. La vida es así, con sus alzas y con sus bajas. El destino inflexible sigue su recta hasta la meta final. El destino, quien lo creyera, es más fuerte y poderoso que toda nuestra voluntad, que todo nuestro querer. Nuestra voluntad, se estrella como una débil barquilla lanzada por una ola fuerte y tempestuosa de bravío mar, contra la roca escarpada y dura del destino; pero siempre caprichosa, poderosa en medio de su debilidad; siempre queriendo desviar su ruta fijada para explorar sendas con su propia brújula.

Hoy un hálito de tristeza me rodea. ¡Oh, la infinita dulzura de sentirse triste! Parece que las almas en la tristeza se sienten más solas, más extrañas, y, arrebujándose con todos sus dolores son verdaderos símbolos de amor, de paz y de fraternidad.

.....

Fue un amor lejano. Fue un amor que perduraba a través de los días, de las semanas y de los meses....

El alma de las mujeres

Oh, el alma de las mujeres! A veces profunda, delicada y tierna; a veces vehemente, divinamente cruel y vanidosa; siempre frívola y voluble: he ahí el encanto del alma femenina. Cambia tan fácil y tan prontamente que seduce. Con su frivolidad atrae y enloquece; con su volubilidad inquieta.

El divino néctar de lo desconocido es su aroma propio y caprichosa va llevando el sello de lo insaciable. En la distancia de sus aspiraciones toca el principio y el fin. Por eso, el alma de las mujeres, es sencilla en medio de su complejidad.

Ardorosa y vehemente ama con locura y odia con amor. La frivolidad es el arma poderosa de la que se sirve en sus batallas, y juega con lo más tierno y delicado. Respeto las decisiones inquebrantables y bruscas, y, se burla de la timidez y cortedad. Ante esa alma frívola y voluble hay que presentarse fuertes y atrevidos.



Oh, el alma de las mujeres! Cambiante mariposa sigue volando por el jardín de los ensueños azules, dejando el germen de sus pasiones y de sus arrebatos.

Cambiante y vehemente ama con locura y odia con aïnor: se engaña a sí misma, y siempre amando u odiando demuestra su amor.

Oh, el alma de las mujeres!...frívola, voluble...

Sensible e ingenua, volublemente caprichosa, tiene un no se qué para atraer y seducir. En la infinita amargura de la vida, es en ella que se encuentra el oasis de la dicha.

El alma de las mujeres es siempre bella: en la madre tierna y delicada; en la hermana ingenua y bondadosa; en la novia buena y resignada; juguetona y divinamente cruel en la amante: es el alma de las mujeres la dorada flecha que nosotros los hombres ausiamos.

Oh, el alma de las mujeres!, siempre frívola y voluble.

La carcajada

Fue una noche helada. El viento azotaba con furor y una lluvia menuda caía sobre tejados y calles, calando el frío hasta los huesos de los pocos transeuntes que iban de prisa en busca de abrigo a los cafetines de la gran urbe. En el *Cabaret* instalado recientemente y cuya apertura se festejaba aquella noche habían muchas copas de vino que se levantaban, mucho humo que cargaba la atmósfera y mucho olor a carne de mujer que enervaba. El ambiente iba haciéndose cada vez más pesado y una bocinglería de gente borracha por excesos de *champagne y coñac*, se escapaba por puertas y ventanas.

Las mesas atestadas de clientes daban la sensación de un manicomio de monomaniacos que bebían y hablaban sin medida. El jazz sonaba sin piedad y por entre esa turba de gente bailaban varias parejas. Habían tantos labios pintados de mujer como brazos torneados y desnudos. El ruido de sedas se acompañaba con el de copas y vasos; y,

un olor fuerte de carne sudorosa se mezclaba con los perfumes de Coty y de Garlain. Vistasas serpentinas pendían desde el cielo raso y papel picado adornaba el piso de la sala, volviéndolo peligroso para el baile.

Una ráfaga de frío penetró por la puerta que acababa de abrirse para dar paso a un hombre alto, delgado y pálido en cuyos ojos se veía la gran tristeza que llevaba dentro de sí, quizá por ser un torturado por la vida. Miró profundamente por todos lados a la sala bulliciosa y alegre, y, atravesando despacio sentose tras de una mesa vacía colocada en uno de los ángulos de la pieza. Desde allí, apoyado sobre sus codos observó impasible. Llamó al mozo y solicitó *champagne*, bebiéndolo con avidez a grandes sorbos.

La música, el baile, la bebida seguían en su punto; se notó un mayor entusiasmo y la algazara subió de pronto al extremo de no entenderse ya nadie, y la proclamación de la reina de la fiesta fue hecha sobre una mesa del centro. Graciosa y provocativa asomó la muchacha unguida por voluntad general. Las curvas de su cuerpo encerraban su carne apretada, y, sus dientes pequeñitos y monos aparecían blancos contrastando el rojo de sus labios sensuales.

La riza habría todas las bocas que despedían olor de alcohol; y solo y pensativo el hombre alto, pálido y delgado tenía su mirada fija y profunda, abstraído de todo cuanto le rodeaba. Y del ambarino y burbujeante licor emergió, para sí, envuelta de gasas sutiles y blancas, élla—siempre élla—la de los blondos rizos y ojos enigmáticos color de lejanía. Se había profundizado tanto su amor que no po-

dría desechar de su imagen la figura de ella. La conoció una noche en un cine de precios baratos; siguióla hasta su casa, frecuentando desde entonces, todas las tardes al caer el crepúsculo, sus alrededores. Consiguió convencerla de su cariño y cuando la noche de primera cita llegó, ella había desaparecido sin dejar ninguna huella. En vano esperó junto al muro del jardín hasta el alba; en vano inquirió en la vecindad. Habíase ido sin siquiera dirigirle una esquila de despedida. Conoció de su dulce mirada y de su sonrisa agradable, todo el encanto que podía tener para él; pero, nada más; no llegó a palpar sus manos y sentir su aliento, ni oír su voz. Por esto quedó obsesionado por aquella mujer y casi neurasténico se iba volviendo pronto un misántropo.

Esta noche helada había vagado por los varrios apartados de la ciudad y cansado y aturdido de tanto pensar en ella, quiso embriagarse para conseguir el olvido siquiera momentáneo. Y, sucedió todo lo contrario; los humos del licor agolparon con gran fuerza y contornos bien delimitados dentro de su imaginación la silueta de aquella mujer que con su fuga supo dejar grabado perennemente su recuerdo en un hombre de voluntad recia aunque de textura, al parecer, débil.

Siguió bebiendo y tambaleando se acercó al grupo donde la muchacha nombrada de reina acariciaba la barba de todos, enviando besos con su manita pequeña a los que apenas levantaban las copas, desde sus asientos, por exceso de licor. Con un último esfuerzo se abrió paso y tomándola del brazo la invitó a libar una copa de champagne; y

brindando por su carne morena y ardiente se fijó profundamente en sus ojos color de lejanía, reconociendo en ella a la mujer que tantas perturbaciones había causado en su vida; y volvió su pensamiento a modificar la escena de la noche en un cine barato donde la conoció por primera vez. Quiso hablar más, pero, tanto había bebido que bruscamente se juntó a ella, besándola en los labios pintados de carmín.

La muchacha había desaparecido aquella noche de su primera cita porque ya le amaba y temió enredarle a su desgracia, pues, desde sus primeros años había rodado por los barrios bajos juntamente con hampones vencidos, cotizando su cuerpo al mejor postor como una mercadería que no hubiese pagado los derechos de aduana. Y, como sintió en su corazón los primeros golpes del amor, decidió mejor huir sin dejar rastro alguno, hacia los cafetines y *cabarets*.

Alguien protestó contra el intruso; pero, él, sacando el revolver del bolsillo de su pantalón hizo respetar de aquella chusma beoda e inconsciente; volvió a besarla y lanzando una carcajada se desplomó pesadamente sobre el piso para no levantarse jamás.....

.....

El sol doraba los campos verdes de las colinas cercanas una mañana de primavera. La paz augusta del cementerio era guardada por viejos cipreses y frondosos sauces. Algún gorrión perdido piaba desoladamente y una tumba solitaria, sin flores, enseñaba al viento y a la escarcha del próximo invierno, una vieja cruz de madera. Al pie, la mu-

chacha de blondos rizos y ojos enigmáticos color de lejanía, oraba reverente depositando un manojo de rosas y de nardos, por la memoria del hombre alto, pálido y delgado que murió, besandole en sus labios pintados, con una carcajada en el *cabaret* que festejaba su apertura en una noche de invierno.

Tu retrato

Entre mis manos tengo tu retrato. Gracias. Siempre lo guardaré como un tesoro escondido y siempre en los momentos de melancolía será para mi pena un relicario de fé y de consuelo, un refugio de amor, de gozo y de dicha.

Recuerdo: tu cabellera castaña y ondulante cubriendo tu cabeza redonda; tus ojos verdes y cambiantes con brillo de fiebre de amor; tus labios gruesos y lascivos entreabiertos por tu sonrisa graciosa; y tu cuerpo, ¡oh, tu cuerpo!, modelado por el Arte de la Naturaleza para el amor. Recuerdo tu alma loca y juguetona, y, tu corazón rojo y ardiente.

—No me olvides—así me decías—que yo sabré siempre guardar dentro mi pecho tu loco y ¡ay! quizá, tu inconstante amor.

Por qué me decías? Acaso dudaste? Habría querido que nunca hieras mis oídos profanando nuestra fé con la duda que decepciona y mata.

Loco amor! Sí, loco...vehemente, ciego, siguiendo el camino sin mirar lo pasado, sin pensar en el mañana; loco, fugitivo de la vida buscando sólo en tí la paz del silencio, la armonía de tu ser; loco, abriendo una brecha en el destino para llegar...yo no sé a dónde: loco como un sonámbulo; loco como un visionario, como un poeta; loco como un crucificado...Sí, loco, llevando la dulzura de quererte y la amargura del destino; loco llevando el corazón sangrante de dolor y de pena.

Siempre lo guardaré tu retrato, y, cuando al caer de las tardes frías y lluviosas junto al fuego, lo contemple, recordaré de tí, romántica y sensitiva, brindándote a la vida con amor, con ilusiones blancas y rojas, dejándote arrebatado por el carro del amor y sintiendo el éxtasis de un perfume enervante y embriagador; y veré pasar por mi mente todos los detalles de nuestras primeras miradas, de nuestras primeras citas.

Tus ojos verdes y cambiantes han sido para mí como dos estrellas que han alumbrado el sendero de mi vida, no sé si con fortuna o con desgracia.

Recuerdo: una mañana de sol y de luz, juntos rondábamos los alrededores de la pequeña ciudad siguiendo las tersas y relucientes líneas del ferrocarril; y, cuando habíamos caminado, en silencio, un largo trecho, de pronto y como que llegabas al final de tus pensamientos, dejastes de andar y cogiendo delicadamente mi brazo, hablastes con dulzura:

—La vida puede comenzar cuando se quiere.

—Sí, una mañana de sol o una tarde de invierno.

Y, nuestra vida comenzó una tarde al caer el crepúsculo, cuando tu primera fuga sabía a dolor y a pasión, cuando juntos gozamos el minuto que pasa....

Y ha seguido rodando desde entonces tu vida y mi vida bajo la paralela del Destino, sin que tú ni yo nos opongamos al intrincado tejido del hilo de nuestras existencias que la Parca hurde implacable y despreocupada.

Y el tiempo va ciego, alejando más y más aquella tarde, dejando solamente el recuerdo del tiempo que fue y no volverá ya nunca....

Recuerdas?... Los recuerdos son, por lo menos, el consuelo de los tristes, el lenitivo de los torturados, el alivio de aquellos que nada esperan.

Oh! el tiempo inmutable y eterno....

Hoy miro tu retrato, tus ojos verdes y cambiantes, color de aceituna, me miran, y tus labios me recuerdan de un beso goloso.... Los retratos es lo único que nos queda de las mujeres amadas.

El amor

Sugestivo y atrayente el amor no se hizo para las almas débiles; el amor con todos sus furores y arrebatos atemoriza a los espíritus pusilánimes.

Tú has sentido el amor; yo he vivido en él. Y, en tus ojos color de aceituna; en tus cabellos color de azafrán; y en tu alma ingenua y profunda, yo siento el amor, yo siento el amor.

Oh! el amor que corre por mis venas con todo el influjo de su aroma enervante, de su fuerza, de su vorágine. Y en lo profundo de tu ser yo siento el amor, yo siento el amor.

* * *

Era una tarde abrilena. El sol en el occidente se escondía tras de las colinas verdes como un viejo monarca, dejando, apenas, reflejos dorados de un antiguo esplendor.

Se acercaba la hora de la cita. Febril e impaciente esperaba....Llegaste....El ambiente se había perfumado, y, un olor de rosas, y un olor de margaritas llenaba la estancia.

Nuestro amor casi imposible, peligroso, oculto, era un gran abismo; pero, mejor así: porque un amor grande, espontáneo, no puede seguir la ruta vulgar y grotesca: el abismo no debe tener accesos: debe ser profundo e infinito.

Sentí entonces que la vida era buena. Nuestro idilio fue risueño con todo el encanto de un amor abierto, entendido. Y, dejando a un lado las estrecheces de la vida supimos beber todo el néctar de la copa del placer.

Fue contada tu vida; fue contada mi vida; y, en íntimo consorcio, hicimos un pacto lleno de sutilezas, lleno de encantos. De tus labios surtían las palabras como gotas cristalinas de una cascada primaveral; y al modelarlas tu garganta tenía movimientos de un tallo florecido.

Pasaba el tiempo en medio de nuestra dulzura; pasaba raudó, veloz.

Invadía el crepúsculo. Densas nubes echaban sombras sobre la tierra. Llegaba la hora gris con todo su manto de tristezas, y, una insignificante razón sobrepujó al ensueño; y, un «hasta luego» tus labios pronunciaron. «Hasta luego» y te fuiste, lentamente, por las calles ensombrecidas, confundiéndonos poco a poco, entre las gentes extrañas y de andar pausado.

Y, de aquella tarde recuerdo aun tus ojos de mirar glauco, y tu cabeza, y tu garganta, y tus hombros, y tu cuerpo, y tu alma, y tu espíritu....Si, recuerdo que sentí



vibrar toda mi juventud loca, sedienta de ensueños y de ilusiones; toda mi agitada vida. Y, aun recuerdo, y aun siento el hálito vaporoso de tu aliento, y aun oigo el murmullo de tu garganta.

.....

Toda tu vida, toda tu existencia, debía haber sido flor-delizada por la fortuna; tú has nacido para tener «un destino de flores y de sol». Yo, el hombre que te ama, quiero que olvides tu pasado; quiero que vivas del presente, tan sólo recordando aquella tarde abrileña en que el sol se escondía tras de las colinas verdes, dejando, apenas, sus reflejos dorados.

Y, en tus ojos color de aceituna; y en tus cabellos color de azafrán; y en tu alma ingenua y profunda, yo siento el amor, yo siento el amor.

Tarde de verano

Tarde plena de verano. Me encontraba por la primera ocasión en su alcoba. Se había acomodado élla—la rubia que desde hacía tiempo yo la perseguía—en el fondo de una hamaca de paja toquilla y yo casi a sus pies sentado sobre una banquetita baja, hablaba de todo...

Esta alcobita de mujer aristocrática y sensual gozaba de un ambiente suave y tibio. Se encontraba bajo una penumbra bienhechora a causa de que los gruesos cortinajes de las ventanas obstaculizaban a la entrada de los rayos de sol. Ella las había corrido, dejando, sin embargo, la ventana del fondo descubierta, después de haberme preguntado:

—Con claridad o a media luz?

Conversábamos con cierta laxitud estudiada, quizá conteniendo la vehemencia de hablar, de hablar bastante. En los pequeñísimos momentos de su silencio, cuando el

trino de su garganta modulado con dulzura se apagaba, observaba su belleza sin igual. Tanto me había gustado desde tiempos atrás! El perfil de su cara realmente era perfecto; y, tenía el don de agradar con la simpatía de sonreír mirando. Es su nombre tan dulce! Quisiera nombrarlo. No. Guardaré para mí solo y que ignoren los demás.

Habíamos pasado charlando largamente. Miró por entre las vidrieras del fondo donde florecían los verdes tiestos, a las calles intraficadas y habló dulce:

—Qué viento!....

—Dejemos que pase....le respondí.

Me aburro,—dijo—sólo encuentro alivio en los libros, en ellos—me enseñó un montón que reposaban en la mesa de noche—que saben de mis veladas y de mis fastidios. Desgraciadamente los leo tan mal! A veces ni entiendo! Mi imaginación ha corrido por un mundo irreal.... No nací para un país pequeño.

Los libros, las mujeres: he ahí la obsesión de nosotros los hombres. Los unos se parecen a las otras. En cada libro encontramos una página nueva: triste, alegre, aburrida. En cada mujer encontramos una sensación nueva: triste, alegre, aburrida. Dejemos que corra el viento como pasa la vida formando torbellinos, arrasando las hierbas y levantándolas para dejarlas abandonadas en cualquiera estercolero... Vaya! El aburrimiento de una mujer hermosa no me explico. Busquemos un por qué de la vida, y exprimiéndole todo el jugo como se extraería de un fruto maduro gozaríamos del viento y de la vida.

Se expandió su pecho y abandonó una expiración larga y profunda.

—Suspira?.....

—No, por qué?.....

Subió su chal de sedá caído hasta los hombros redondos, tendió su cabeza hacia atrás y me miró hondo.

—Tengo un espíritu que talvez no corresponde a mi cuerpo.....él es tan feó!.....

Quedamente tomé sus manos entre las mías. Esquivando se levantó y se dirigió a su lecho, y me dijo:

—No.....

—Por qué?.....

Crujieron los resortes del somié bajo el peso de su adorable cuerpo y hundida en la suavidad de las mantas buscó algo en que entretenerse y topó con sus anillos—jugaba; los hacía mover al rededor de sus dedos. De cuando en vez me miraba. Callamos ambos. Ella permanecía sentada en el lecho. Yo me levanté al acaso de mi silla y frente a frente hablabamos. Habíamos dicho ya bastante y ocultando su cara hermosa se quedó callada.

—No ha notado Ud. antes algo de mi parte hacia Ud.? la pregunté apasionado. Y me respondió.

—Me ha mirado Ud. con insistencia, pero.....

—De suerte—le dije—le disgusta que la mire?

Quedamos en silencio; mis ojos se clavaron en su cabecita rubia. Su rosada espalda contrastaba con su vestido.

negro. Yo estaba vehemente, confundido; una locura se había apoderado de todas mis fibras y joven y fuerte tuve ganas de besarla en sus cabellos rubios. En aquel momento como respuesta a mi pregunta levantó su cabeza y mi miró tiernamente. Su boca entreabierta era una herida roja donde jugueteaba su lengua suave como el tentáculo de un pulpo. Ella vibraba; yo lo sabía, lo comprendí, lo ví; y, obscurecida mi vista, olvidando del mundo que me rodeaba la sujeté con violencia sus manos al pecho y tumbándola sobre el blando almoadón la besé furiosamente en la boca mucho tiempo, mucho. Al fin, unidos sus labios con los míos y dejándome absorber su néctar que sabía al divino pecado, me dijo:

—Basta.....

—Te amo—le respondí—y peresosamente entreabrió sus párpados dejando libre la hoguera de sus ojos rodeado de un halo obscuro por sus ojeras lilas. Anhelantes respirábamos, y callado nos cojimos las manos. Me dejó que la besara en el oído y rodeando mi brazo a su amplio talle la ayudé a descender del lecho.

—Le gustan mis perfumes?—inquirió—y me perfumó mis manos.

Sali fuera; el viento soplaba y como un sonámbulo atravezé las calles llevándome su perfume y mi pecado.

Lo irremediable

Los hombres ricos y las mujeres hermosas siempre acaban por entenderse.

GUIDO DA VERONA

Y siempre falaz y loca había deslumbrado ante falsos oropeles y artículos de vitrinas fantásticas, olvidándose la dulce poesía que románticos y visionarios laboraban en rincones ocultos de la ciudad.

Y, juguetona con alma enamorada, había caído en las redes del oro; y, el pálido color amarillo deslumbraba sus pupilas azules, como el reflejo de los mares bajo la luna de una noche de abril, dándole destellos irizados de aquel color de oro.

Ella, la amiga del amor y del ensueño, había sucumbido ante el estridente sonido de unas monedas caídas al azar en los bolsillos del hombre mediocre que iba conquis-

tando su ambición, por la fuerza ineluctable de billetes de banco.

Ella, la de labios rojos y ojeras oscuras, iba en pos de una fortuna cuantiosa empapada por lágrimas, olvidando su amor y su dicha.

Porque engañándose a sí misma quería aturdirse para evitar el dolor de la herida de su corazón sangrante; y, queriendo ver la dulzura de la vida, veía en su fondo el dolor del amor perdido.

Fue un tiempo la amante, la presentida de un alma ferviente y loca, cuyas miradas en el porvenir se purificaban en el placer de gozar la vida, junto a una mujer bonita, llena su cabeza de ilusiones y casi vacía su faltriquera de dinero. Y, así pareció pasar. Pero andando los tiempos la volubilidad de la mujer, como siempre, hizo torcer el camino de rosas, y abocar la senda melancólica de la ambición y de la avaricia.

Y, así, abandonó al hombre pobre romántico y viciario, para abrazarse al hombre burdo, mediocre y muy rico: había bastante con el dinero aun cuando faltase el amor!

¡Ah, el poder del oro y la atracción de las mujeres bonitas!

Luego, la pálida luna como madre amorosa, cobijó con su manto de tristeza y evocaciones orientales, a aquel que rondando por los abismos de la vida, en busca de una felicidad soñada, nunca jamás conoció lugares de descanso.

Y, la pálida luna vió surgir de un rebullir de aguas, en amplio mar, el cuerpo inerte de aquella alma fuerte y loca, cuyas miradas en el porvenir se fincaban en el placer de gozar la vida, junto a una mujer bonita, llena su cabeza de ilusiones y casi vacía su faltriquera de dinero.

Y, la pálida luna vió vogar hacia islas donde se levantan palacios ducales, a la mujer juguetona con alma enamorada, deslumbrándose ante el pálido color amarillo.

Y la pálida luna asistió con su blanca y azulina luz, al grito postrero que se perdió en la atmósfera de palacios ducales, a donde el amor no había llegado nunca, a donde el oro había acudido siempre con su pálido color amarillo.

Lo irremediable: el pálido color amarillo del oro alumbrando caras bonitas.

En Bella - Vista

Paseábamos en Bella - Vista bajo una noche de luna, clara, silenciosa e idílica. Ella, apoyada en mi brazo contábame muchas cosas frívolas, ligeras; acaso inútiles. Pero, si en sí mismo la vida es bagatela, por qué no pasarla contando frivolidades? Recorriamos despacio; yo sentía su contacto suave y embriagador y me llenaba mi pecho de una delectación dulce, suave y armoniosa.

El follaje dormía silencioso y quieto. La luna desde lo alto proyectaba la sombra de los *chalets* de estilo suizo; y, una que otra bombilla eléctrica alumbraba cortos trechos de las callejuelas ásperas y duras. El frío de las cercanías del hermoso Chimborazo, rodeaba sin piedad la pequeña ciudadela. Y, nosotros dos juntitos íbamos gozando el silencio de la noche y la claridad de la luna.

Después, con mi amigo, la habíamos dejado en su cuarto de Hotel, que era un cuarto pequeño, extraño y desmantelado; y con una sonrisa en los labios nos despedi-

mos, ocultando así nuestra pena por tan corta entrevista y tan cruel despedida. La bocina del auto nos hizo oír sus desacordes notas y lanzado a ochenta kilómetros, corría el Buick, bajo la dirección del mecánico, por la blanca carretera, dejando, tras de sí, una inmensa nube de polvo. El aire agitado por la veloz carrera penetraba a través del cortinaje en forma de viento helado y húmedo.

Callados la mayor parte del tiempo, topándonos nuestros brazos con dureza a cada desnivel del camino, regresábamos pensativos, reflexionando en lo pasado. Había descubierto por mi parte el secreto de dos años. Tal vez mi amigo trataba de desenmascarar la incógnita que se había presentado en tan inesperada como original aventura? Yo lo había confiado mi secreto en aras de una amistad antigua y sincera; pero, firmemente creo que no había derecho para desenredar nuestro pasado con sólo la imaginación loca y violenta. He confiado el secreto al amigo íntimo. El, guardará siempre silencio de este amor oculto y extraño.

Regresábamos... Distinguimos ya las luces de nuestra ciudad que dormía tranquilamente, interrumpida de cuando en vez por algún grito imprudente de cualquier beodo que se tambalea por las calles amarillentas y semi-oscuras.

Nuevamente en mi departamento de soltero. Aspiro un hálito de tristeza y bajo las blancas sábanas del lecho procuro adormecerme con toda la pena de no haberla dado un beso en sus labios que saben a carne roja.

Porque no tenías corazón

Agonizaba la tarde.

Dentro la vasta Iglesia, un buen fraile predicaba a muchos fieles, a muchos devotos que atentos oían sus palabras; de cuando en vez el silencio era sepulcral. El Cristo con su mirada buena y caritativa parecía acariciar a cada uno de aquellos creyentes que se entregaban con amor y misticismo.

Y, tú, arrodillada junto y al pie de una virgen del Carmelo, orabas: tus ojos enigmáticos en el trono negro de tus pestañas, miraban fijamente en el rostro triste del Cristo crucificado.

Un blondo crespón cubría tu cabeza, y, deslizándose suave y dulcemente ocultaba tus mejillas y tu frente; tu garganta y tus hombros. Tenías una palidez nacarina y tus rojos labios entreabiertos musitaban desconocidas oraciones.

—Sed buenas, tened corazón—así decía el párroco en su plática.



Se había concluído la ceremonia; la gente saltaste sola en la silenciosa Iglesia. Llorabas: tus rodaban por tus ojeras grises y algunas pendían de tus pestañas.

Llorabas con toda la desesperación de un náufrago que trata de salvarse del próximo escollo. Llorabas con vehemencia, con locura, con todo el arrepentimiento que creíste ofrendar al pie de la Virgen del Carmelo.

Y, abandonaste el Templo; atravezando las calles silenciosas y llorando te perdiste en las sombras que se extendían.

Llorabas porque no tenías corazón.....

No era su culpa

Eran las doce de una noche inolvidable. Sonaba el piano cadenciosamente y unas cuantas parejas danzaban al son del ritmo de la acompasada música de fox; alguien brindaba, junto a señoras de alguna edad, por la felicidad que vendría. Toda la sala respiraba animación y gozo; solamente el blando bancón ocupado por mí y una preciosa chiquilla, sin embargo de hallarse en medio del bullicio, parecía estar rodeado de una tristeza y melancolía sepulcrales: es que nuestra conversación había recaído sobre un doloroso y trágico tema.

Y sincera e ingenua, revelando en sus palabras la espantosa y amarga verdad, y en sus ojos brillantes y verdosos la angustia de su alma, quería poner, quizá, un paréntesis a su estado espiritual, contándome lo que desde hacía muchos días le había sobrevenido cuando menos lo quería, cuando menos lo pensaba.

Solícito y comedido había principiado un hombre a rendirle pleitesía. Habría sin duda abrigado muchas espe-

Se había concluído la ceremonia; la gente salía ; quedaste sola en la silenciosa Iglesia. Llorabas: tus lágrimas rodaban por tus ojeras grises y algunas pendían de tus pestañas.

Llorabas con toda la desesperación de un náufrago que trata de salvarse del próximo escóllo. Llorabas con vehemencia, con locura, con todo el arrepentimiento que creíste ofrendar al pie de la Virgen del Carmelo.

Y, abandonaste el Templo; atravezando las calles silenciosas y llorando te perdiste en las sombras que se extendían.

Llorabas porque no tenías corazón.....

No era su culpa

Eran las doce de una noche inolvidable. Sonaba el piano cadenciosamente y unas cuantas parejas danzaban al son del ritmo de la acompasada música de fox; alguien brindaba, junto a señoras de alguna edad, por la felicidad que vendría. Toda la sala respiraba animación y gozo; solamente el blando bancón ocupado por mí y una preciosa chiquilla, sin embargo de hallarse en medio del bullicio, parecía estar rodeado de una tristeza y melancolía sepulcrales: es que nuestra conversación había recaído sobre un doloroso y trágico tema.

Y sincera e ingenua, revelando en sus palabras la espantosa y amarga verdad, y en sus ojos brillantes y verdosos la angustia de su alma, quería poner, quizá, un paréntesis a su estado espiritual, contándome lo que desde hacía muchos días le había sobrevenido cuando menos lo quería, cuando menos lo pensaba.

Solícito y comedido había principiado un hombre a rendirle pleitesía. Habría sin duda abrigado muchas espe-

ranzas, y habría querido depositar en ella, todas sus ilusiones, todos sus anhelos y desvaríos. ¡Quién sabe cuantas palabras fueron dichas muy quedo, bajo las frondas del jardín! Y ella tierna y delicada luchaba con su cortesía y bondad contra su alma, contra su corazón. No era su hombre, no era su culpa el no quererlo. El había pasado por su espíritu como pasa una barca sobre un estanque: dejando una estela instantánea que va muriendo en el vaiven de las olas que lamen la orilla dormida. No era su hombre: el doloroso desencanto había fraqueado la hoguera donde todo el amor se consumía y sus cenizas en locos remolinos se perdían, se iban lejos. No era su culpa el no quererlo.

Y después de todo y en aquel momento mismo los dulces recuerdos de hacia cuatro años se le agolparon en su cabecita redonda y melenuda; y no pudiendo resistir al empuje de las circunstancias y vencida por el deseo de desahogarse, me contó también sus amores idos.

Aún repercutía a su redor las promesas de aquel hombre que había amado hacia cuatro años y quizá, veía transformarse el salón de baile en la húmeda huerta donde sus nostálgicos ojos grandes esperaban con ancia que apareciera el amado por el camino de siempre, por el camino alegre que conducía a la Villa. Aún sentía el calor de sus manos que muy tiernamente acariciaban su delicados dedos; aún su corazón palpitaba como entonces, como cuando, esperaba al amado por el camino de siempre.

Febrilmente me invitó a bailar, su cabeza recostó en mi hombro y callada pensaba mucho.

Afuera una noche fresca brindaba a gozar de las ca-

ricias de una suave ventolina. Solo, en la azotea, mirando los espirales de mi blanco cigarrillo y sintiendo el frescor de la noche, me entristecí mucho; mi alma sobrecogida de pena, desmayaba como una anémoma muriente; y, el espectro del Amor fracazado rondaba en los callejos del jardín.

A través de las vidrieras yo la veía a élla: loca, alborotada su melena, danzába ligera con su tenue vestido; reía y gritaba; sonámbula, vaporosa y sonriente recorría perfumando el ambiente tibio de la sala de baile. Y después, sentada, triste y pensativa guardaba gruesas lágrimas entre sus pestañas de sus nostálgicos ojos grandes y verdes. Eran las lágrimas del desencanto ante los recuerdos de hacia cuatro años cuando élla amaba y se vió un momento dado sola y abandonada guardando las falsas promesas que no se cumplirían nunca.

Y, sintiéndose cortejada por un hombre que habría querido depositar en élla todas sus ilusiones, todos sus anhelos y desvaríos sentía profunda pena, ahora que rechazaba, igual que cuando fue abandonada.

No había conquistado su corazón, no era su culpa el no quererlo.

Y, él abrumado y pensativo junto al piano acariciaba su barba con su mano blanca y perfilada.

Através de la vidriera, desde la azotea, yo los miraba.

La amada imposible

Sobre las callejas de la alameda se recostaban las sombras de los árboles y por entre las ramas de las plantas y de los arbustos se cernía el sol de la mañana. El cielo intensamente azul rielado por una que otra nubecilla blanca que caminaba con rumbo al occidente, se reflejaba en el lago rizado por la suave ventolina de esa mañana estival. A los contornos el marco de colinas verdes que circunda a la ciudad, brindaba a la molicie y al descanso, y, al norte la abrupta cordillera violácea dejaba ver sus picos encumbrados y blancos y sus estribaciones negras y fieras. El bullicio había quedado en las calles de la ciudad y una cierta soledad caía en toda la extensión de los jardines.

Yo, junto a ella recorría los parterres soleados: sentía la fragancia de su cuerpo modelado y al contacto de mi mano con su piel delicada un ligero temblor de estremecimiento corría por todo mi cuerpo; sentía que élla se

adentraba dentro de mi ser y quize hacerla mi prisionera ofreciéndole mi corazón como su morada.

Pocos días antes nos habíamos conocido: quizá una mutua simpatía nos unía, aun cuando ciertas circunstancias adversas habían contribuido para que alguna discreción mediara; pero, estaba vehemente por depositarle mi amor y locamente enamorado me rendí ante ella. Le hablé a los oídos como le había hablado otras veces de una felicidad futura que nos esperaba; traté de convencerla para que se inclinara hacia mí; le ofrecía a cambio de su amor toda la adoración de que puedo ser capaz; le conté mi pasado borrascoso siguiendo el sendero de mi destino; ahondé la fibra sensitiva de su bondadoso corazón; analicé sus prendas personales, sus méritos y sus virtudes; busqué en el contacto de sus manos el fluido hipnótico de nuestro acercamiento y le pedí suplicante que me llevara al centro de la vida.

—Soy un descentrado, le dije—un abismo siempre lo he tenido por delante.

Y élla apretando mi brazo, me contestó: Cojámonos de las manos para llegar al centro; también necesito de ayuda; es posible que podamos salvarnos de aquel abismo que nos tienta a los dos.

Nos sentamos en el banco de un pequeño kiosco. El lugar era umbrío y los cipreses que circundaban nos defendían de los rayos solares. Admiraba cada vez más su belleza y sus ojos verdes color de esperanza eran las ventanas abiertas de su alma ingenua y mirándome con ellos me hacía feliz porque me sentía dentro del paraíso de sus

pestañas. Oh! aquellos ojos glaucos que se humedecieron al calor de mis palabras....Y luego, de mutuo acuerdo seguimos formando el castillo de nuestra ilusión, repudiando la opinión pública cuyo valor no representa nada y cuando llegamos al atalaya de nuestras divagaciones, comprendí, vi, sentí que nuestros espíritus vibraban al unísono, que nuestros corazones palpitaban rítmicamente, que nuestras almas se juntaban y que nuestros cerebros pensaban por igual, y no pudiendo contener mas mi ahogo y mi desesperación le pedí un beso de su boca provocativa en sus labios de grana. Ella dejó que reclinara mi cabeza sobre su pecho perfumado y ofreciéndome su mano para que la besara se obstinó en no darme el beso. Otro día. Para mi será el día venturoso del triunfo del amor. Oh, amada imposible cuándo sabré el gusto de tu boca!...Cuándo animará mi cuerpo el néctar delicado de tu ser!...Cuándo, oh, amada imposible!...Mientras tanto, sé la estrella que guíe la ruta de mi camino; sé el oasis en el desierto de mi vida; sé el faro blanco en la lejanía de la costa para mi velero cuyas velas van rotas sobre el tormentoso mar de mi exótico vivir; sé la hermosa flor del jardín de mis ensueños en donde yo no seré sino el humilde jardinero; sé, oh, amada imposible, el talismán de mi existencia!...

Una pequeñez

Siempre los pequeños detalles. Sí, los incidentes de la vida pueden hacerla feliz o desgraciada. Me gustan los detalles; los estudio, los analizo después de observarlos, y ellos son un todo armónico que constituyen mi mundo interior. Para qué abismarse en aquello que hace alboroto y levanta el cotarro atrayendo la atención de todos? La observación de las pequeñeces, de las insignificancias, creo sinceramente, que debe constituir nuestra natural curiosidad.

Por esto, ahora con un pequeño detalle, he formado todo un castillo azul, lleno de aromas y de ilusiones. Quién lo creyera!....Mi espíritu se impresiona y también olvida pronto. Demasiado sensible, se vuelve tornadizo y lo que unas veces vió con indiferencia, otras ama locamente, al igual que se decepciona y olvida.

* * *

Había dejado mi trabajo diario, y solo, quizá sin pensar en nada, anduve al acaso y fui a tropezar con un Buick

de siete asientos. Tomé por mi cuenta este elegante vehículo de deporte moderno y talvez con algún denuedo me coloqué al volante guiándole a satisfacción del mecánico. Eran las seis de la tarde según aseguraba el único reloj de la ciudad, de una tarde casi triste y opaca. Recorría sin rumbo las calles de empedrado desigual, abandonadas y tristes. Qué más daba en un día que cierto aburrimiento me había hecho presa y dentro de la vida provinciana, que ambular despacio y perezosamente sobre un auto de alquiler? La tarde iba cayendo, y soñadora como ella, asomada al balcón de su casa, una linda muchacha contemplaba el paisaje de un horizonte brumoso. Siempre la había visto por las calles provincianas lucir su arrogancia y flexibilidad, la había visto su rostro bondadoso; pero, nada más: la había visto..... Ahora, algo interior sentí por ella y me decidí a cruzar muchas veces por la calle de su casa. Ya las sombras de la embrujada noche se acercaban y al través del parabrisa miraba sus ojos nostálgicos de alma pura y sencilla. Al cruzar la esquina cercana siempre hacía sonar fuerte la bocina del carruaje. Era para anunciar el tráfico a los pequeños párbulos que rondaban en corros o era para llamar su atención de ella? No lo sé. Ciertamente atraía su atención a mi Buick que rodaba perezosamente.

Al fin, la muchacha del balcón que miraba el paisaje de un horizonte brumoso esperó el momento en que yo pasara, talvez por última vez, para ocultarse quedamente, traspisando, profundizándome sus miradas; y, he ahí un pequeño detalle que hacía cerrar mi día de aburrimiento con una sensación nueva y dulce. Sentí sus agudas pupilas dentro de mi pecho y talvez una decisión por ella, que hoy:

después de mucho tiempo de haberla visto con indiferencia pasar por las calles provincianas luciendo su arrogancia y flexibilidad, me decidí a amarla con frenecí. Ella, al caer de la tarde quieta y solitaria, lograba impresionar mi espíritu revelde y nómada; élla con sus ojos nostálgicos, se había adentrado en mis íntimos dominios señoriales y exóticos. Ya era tarde, sentía la dulzura inefable de un amor espontáneo y nuevo.

* * *

Llegó la noche; soñé con élla y al despertarme en la mañana fresca con un dorado rayo de sol que caía a mi lecho, recordé la escena del día anterior; en vano quise sentir la sensación que me produjo en la tarde; se había esfumado mi ilusión; y, nuevamente, volví a verla con indiferencia.

Un episodio de la vida

—Hola!

—Hola ...

—Soy....yo....

—Ven, te espero en el camino.

—Voy.

Y, como un fugitivo dentro de un auto había atravesado las calles de la gran ciudad, después de haberse anunciado lacónicamente.

Nuevamente iba a ver aquellos ojos cambiantes que desde hacía muchos días se habían escondido tras el velo de la distancia....

Así, mi amigo de ojos grandes, seguía contándome, confidencialmente, un episodio de su vida; y yo supe oírle y supe sentirlo también, que mucho calor ponía en sus palabras. Por eso ahora, recordando, quiero contar un episodio de la vida de mi amigo de ojos grandes.



Cruzaba un camino polvoriento bañado de sol de la mañana, y el corazón henchido de amor palpitaba fuertemente.

En medio del rumor de viajeros jadeantes el motor del auto apenas sonaba; y en uno de los recodos del camino apareció la mujer buscada. Entonces, mi amigo de ojos grandes, había clavado muy hondo su mirada en aquellos ojos cambiantes color de aceituna.

Se unieron; y tomaron mucho sol en la terraza de la casa; y tomaron mucho néctar del amor juntos, muy juntos.

Después, mi amigo, le había contado de su vida, que siempre caminaba por el tortuoso sendero de un destino implacable; y, sin ruta conocida y sin ninguna estrella de oriente quien la guiara, iba hacia lo desconocido, hacia cualquier lejanía, hacia donde quiera.... porque poco importaba un puerto conocido después de haber perdido el por qué de la vida, el anhelo supremo, en un momento de éxtasis pasional, en un momento de locura y de ensueños, que bien bendecía desde luego.

Y, después, un largo beso doloroso y triste: ni aún esta ocasión había podido gozar libremente de su oculto amor, rodeado siempre por el peligro que lo hacía más sugestivo.

Una hora la entrevista había durado, y nuevamente por el mismo camino polvoriento lleno de sol de la mañana regresaba a la ciudad con el corazón lleno de amor que palpitaba fuertemente.

Y, cuando solo, entonces, se encontró en su gabinete.

te sentado y apoyado sus sienes en las palmas de las manos, su pensamiento no recordaba ya, aquella palabra de triunfo que en meses anteriores había soñado con ella: *llegar*; sí llegar al final de lo que se había propuesto un tiempo; y, ahora solamente quería modelar dentro su cerebro el cuerpo de la mujer de ojos cambiantes y aunar todas sus fuerzas para gozarla con la materialidad impalpable de la distancia.

Y, al llegar a este punto, se había estremecido tanto —oh! bien lo recuerdo—contándome, confidencialmente, un episodio de su vida que yo supe oírlo y supe sentirlo también. Por eso ahora quiero contar un episodio de la vida de mi amigo de ojos grandes, y ya lo he contado.

Noche bohemia

Una noche de invierno, triste y bohemia, vagaba inciertamente por las calles solitarias de la ciudad dormida.

A lo lejos brillaba un rojo farol de muriente luz, en el único cafetín que a esas horas tenía siempre abiertas sus puertas, para todos aquellos que trasnochados, buscaban un abrigo en la humeante taza de café. Y, a él fui como si hubiera sido la casa de siempre, la casa conocida y mía. Estaba silencioso y sus mesas todas desocupadas y revueltas, daban aviso que poco antes la habían abandonado los asiduos concurrentes del café de «*la gorda*».

Sólo el ronquido del dueño que dormía se oía claramente. Un paje cargado de sueño hacía incesantes genuflexiones. Afuera la menuda lluvia golpeaba con su tono invariable el pavimento de la calle.

Sentado sobre una desvencijada silla, junto a la mesa forrada de blanco marroquín, en una de las esquinas de la habitación y frente a una taza de café puro pensé,

pensé mucho. Cuantas ideas pasaron por mi imaginación! El amor... el destino....la moral....el deber....El deber!.... Y dentro de mi cerebro repercutía la palabra errónea.

Alborotado mi pensamiento como mi cabellera ondulada por la noche de bohemia que había pasado, sentía el ancia infinita de discurrir y de pensar; y, por eso pensaba. Pensaba en la muerte, pensaba en los hombres, pensaba en las almas.

Y, frente a la taza de café puro pensé, pensé mucho. No existe el deber. Palabra mal tomada: se acusa de deber lo que es una necesidad, lo que es una conveniencia; en sí mismo el está a satisfacción nuestra, bajo nuestra voluntad; bajo una moral pura o bajo una moral errónea. El verdadero deber sería el cumplimiento de lo bello, de todo lo que tiende al arte. Para la belleza, para el arte debemos aceptar deberes; deberes que nos imponemos nosotros mismos, porque queremos gozar de ellos, porque queremos ser esclavos de ellos.

Para el amor que es belleza y arte debemos aceptar deberes.

Y, en la madrugada de aquella noche bohemia mi cerebro pensaba, pensaba.

Un ligero ruido de pasos menudos me sacó de mis profundas inquietudes. Acababa de sentarse tras de la mesa, una muchacha bermeja de ojos grandes y verdes oscurecidos por sus violetas ojeras, patrimonio de una noche de amor, de una noche de miseria. Había pasado en los cafés que se iban cerrando. Tiritaba; sus zapatos y sus pobres

vestidos raídos estaban mojados. Una sonrisa triste y amarga apareció en sus labios marchitos, que poco antes había sido golosamente besados por todos....por todos.

Pobre niña del arroyo....No será aquella noche la primera vez que sus ojos grandes y verdes contemplasen la dulzura de un amanecer desde la mesa de un miserable cafetín. Tan tierna, quizá había olvidado ya su noche de ilusiones y esperanzas de la vida.

Y ella, también callada y frente a una taza de café puro, como yo, pensaba, pensaba. Quizá adiviné lo que bullía en el fondo de su cabecita bermeja, y creí escuchar su dolorosa historia de amor, siempre la misma.

Me acerqué y con pocas palabras nos entendimos, y, juntos atravesamos las calles solitarias y tristes, las calles mojadas donde se reflejaban nuestras sombras errantes.... Visité su alcoba. Pasaron las horas.... Amanecía. Nunca olvidaré su historia de amor, y sus ojos grandes y verdes, oscurecidos por sus violetas ojeras.

Y, al despedirse en una tortuosa calle, se despidió para muy lejos, para mucho tiempo; quizá para siempre....

Lirio de dolor

Partía veloz la locomotora.

En el azul del cielo había un reguero de blancas nubes en vampirescas formas, sembrando monstruos en macabras batallas. La brisa era suave; en los campos la grama estaba salpicada de rocío. La cordillera occidental dejaba descubiertas las blancas melenas de sus picachos y los rayos solares reflejándose sobre los bloques de nieve iluminaban más el paisaje. El ruido de las copas de los árboles, el murmurar de los cristalinos arroyos, el despejado horizonte, contribuían a formar el bello cuadro que los pasajeros iban admirando.

El chirrido de los gonces del convoy semejaba una música lejana.

La atmósfera tibia y perfumada embriagaba a todos los que viajaban en medio de gritos infantiles, de sonrisas de labios encantadores, de charla animada de algún mozo de sociedad, en medio del movimiento y animación....

Poco a poco se quedaba atrás la hermosa ciudad, la gran Capital.

Un joven, quizá un muchacho, dentro de su asiento va solo, triste, pensativo. Parece que el libro que lleva entre sus manos le trae preocupado. Su imaginación se ha concentrado en el contenido de las páginas: es El Cosmopolita de Montalvo.

Una, dos, tres....las horas van rodando lentas y cansadas. Va hacia su pequeña ciudad; allí encontrará a su amada. Cierra el libro. Mira por la ventanilla del vagón el Cotopáxi; y luego, se recuesta y piensa: dentro de su cerebro surge odio por la tiranía, horror por las sotanas, amor por todo lo bello.

Una larga y aguda pitada le saca de sus cavilaciones. Se halla cerca del pueblo natal; del terruño ingrato, tan querido. Un ambiente demasiado conocido para él envuélvele. Risueños recuerdos de la niñez! Cada árbol, cada piedra le traen un recuerdo. Las aguas tumultuosas del río que besa placentero las márgenes, al chocar contra las agudas y disformes piedras, pronuncian melodiosas canciones que el solo las comprende. Y en silencio escucha y responde con su tristeza porque alcanza a intuir su próxima desventura.

Llega ansioso. Oh, el encanto del hogar! «Oh, el tedio de las campiñas nativas»!

* * *

Los crepúsculos pasan con su melancolía.

Al caer de las tardes cuando el sol se ha puesto, re-

corre las orillas del río. Solitario y triste escucha el murmullo de las aguas, algún gemido de alguna tórtola viuda.

Amia la soledad porque élla le briuda paz.

Se siente solo, muy solo en medio de los crepúsculos y sigue la senda del dolor.

El recuerdo de élla le tortura; su imagen le exacerba. Desea verla, desea oírla....

Ella ha muerto.

Y sufría en silencio; soportaba resignado su llaga lacerada. Sufría porque la había amado.

Y las noches se sucedían despiadadas. Noches lóbregas: noches de insomnios en que grandes y espantosas pesadillas sobresaltaban su cuerpo corroído por el dolor; noches de desvelos; noches horriblemente largas. Y en aquel profundo silencio y en medio de aquella soledad los gallos cantan anunciando que las horas pasan.....Qué lentamente ruedan!

Las dos, las tres, suenan en el reloj de la dormida ciudad y su cerebro piensa, piensa....como un raudal de tumultuosas aguas pasan las ideas sin hilación, sin encadenamiento, sin ningún orden. Y adormitado se hunde en el dolor.

Sumirse en el dolor en medio del silencio y la obscuridad es fortalecerse.

El dolor fortalece a las almas.

Lloraba en la soledad su desventura. En el silencio, oyendo el grito profundo de su amor, derramó muchas lá-

grimas. Cuantas lágrimas humedecieron el suelo! Cuántos ayes de su pecho torturado no tuvieron eco....

Pensaba que a la mujer amada no debía tocarle la muerte; pensaba que el amor debe ser respetado.

El amor es blanco cisne en fuentes encantadas. El amor debe ser simbolizado por las llamas de la eternidad; debe ser incendiado por el ensueño....

Y en el furor de su profunda pena, imprecaba.

—El amor debe ser rojo.

Y pensó enrojecer con su propia sangre....

* * *

Una carcajada horriblemente espelusnante satirizaba su amor. Triste amor derrumbado ya!

Y se decidió a escupir su desgracia y levantarse sobre las ruinas de aquel infausto amor. Ser fuerte en la agonía. No ser consolado, ser soberbio con la misma vida.

Pero el dolor le carcomía muy hondo.

El dolor en el amor no debe ser protestado.

Y él no admitía consuelo: el consuelo es cobardía.

Y él no protestaba: la protesta del amor es cobardía.

El gustaba de la soledad; amaba el silencio; amaba la obscuridad. Quiso levantarse sobre las derruidas bases de su amor; sobre las columnas de su fe.

* * *

·Pasaron los días. Todavía se pasea por la acera del frente del balcón de la que fué su amada, calladamente, quedamente como si temiera atraer la atención de los vecinos. Sus ojos bajos sólo se levantan, para mirar la ventana que yace solitaria envuelta en el misterio de la tarde. El denso velo crepuscular descende sobre las techumbres, sobre las plazas, sobre las angostas calles.

Y en la imaginación calenturienta del amante desolado surge la amada muerta. Absorto detiéndose. La está viendo: del fondo, en la semi-obscuridad de la tarde, avanza hacia él. Su vestido es negro, compañero de los cielos tempestuosos. Ella le mira con sus ojos negros como el arcano de la naturaleza, enclavados bajo la penumbra de sus pestañas largas, sedosas que acarician sus divinos y lánguidos párpados; élla le sonríe con aquellos labios, pétalos de entreabierta flor: caliz formado para el beso tierno y apasionado. Ella vuelve hacia él con su frente amplia, pálida y tersa, con su cabellera ensortijada simulando ondas de proceloso mar alborotado por Sirenas, y tiende sus manos blancas y delicadas de uñas rosadas y ojivales.

Y enmudecido por la sorpresa de su propia imaginación y creyendo ser verdadera la cita, regresa gozoso al hogar con el encanto de la visión. Noche de ventura, noche de grata recordación fue aquella. Oh, la sonrisa de sus labios rojos cuando élla vivía! Y ahora también, su sonrisa alegraba la vida de aquel torturado.

La sonrisa en la mujer amada es alegre, apasionada. Y se embriagó en la sonrisa. Supo penetrar en el sortilegio de aquellos labios; y durmió recostado en su felicidad.

* * *

Amaneció.

Un cielo límpido azul, manchado por blancas nubes cuales carros triunfales en largo viaje a regiones ignotas donde se pierden las sombras, cubría bellamente la ciudad y los campos. La brisa perfumada de las márgenes del impetuoso río se levantaba para seguir disipándose entre las copas de los frutales. Los naranjos en flor perfumaban la huerta.

Quiso volver a verla. Triste decepción. Ella estaba perdida entre las sombras. Ya no existía su sonrisa; el brillo de sus ojos estaba terminado: y, sólo la melancolía surgía de todas partes.

Y sintió el profundo abismo de la nada.

Solitario y pensativo vagaba por los alrededores del río sin alcanzar a comprender su desventura. Miró su dolor y se sumió en él.

El dolor es un abismo: los que no lo comprenden lo temen.

Sentir la sublimidad de ese abismo: he ahí el placer.

Sentir la sublimidad de esa cima: he ahí la cima.

Las águilas vuelan sobre las profundidades tenebrosas porque vuelan sobre lo infinito.

En su profundo dolor sintió el placer, miró lo infinito. Sintió el goze en su quebranto.

Y buscó en los libros su felicidad perdida.



No conocía la realidad de la vida y se consumía en la gran hoguera de la sociedad.

Se resignó en su dolor. Solo en el dolor la resignación es grande.

Sufría. Fue triste; fue sentimental.

Y su lirio blanco se transformó; fue lirio de dolor.

Pasionaria

Llovía. La monótona, eterna música de las aguas bajadas de las negras y cargadas nubes, llenaba la noche obscura. De cuando en vez un melancólico chillido de algún buho habitador de las tinieblas. Todo era quietud, misterio. Nadie en las calles se veía; los parques alumbrados con bombillas eléctricas estaban desiertos; el ruido de las aguas en las copas de los árboles semejaba un gran rumor lejano, distante: era un velo secreto de lo desconocido. Gemía el cercano río; y su blanca espuma trocada en negras olas, se rompía entre las piedras y las rocas, descolgándose por abismos y saltos tenebrosos.

Sonaba las once de la dormida noche en el reloj insensitivo que giraba junto con el tiempo. Recostado sobre un gran sillón, fija su mirada en las alfombras de la habitación, Gilberto pensaba: La ví un día, la seguí, la amé; deposité en ella toda la fuerza de mi juventud. Me amó, se unieron nuestras almas, se comprendieron, y nos amamos locamente. Fue una tarde. El sol religiosamente,

se ocultaba: era la hora gris, la hora melancólica, la hora de dulzura. Profunda quietud: los árboles estaban mustios y tristes, no se movían: gozaba la naturaleza de su tristeza en medio de la melancolía del encaje crepuscular al tañer quejumbroso de las bronceínas campanas. Las callejas del pueblo estaban solitarias; ni un solo ser, ni una sola puerta estaba abierta. Parecía que la aldea había muerto. Juntos, muy juntos los dos caminábamos en el jardín lentamente sobre la hojarasca caída al fuerte viento de la tarde. Hablábamos quedamente: nos juramos amor; nuestras manos fueron lazos y nuestros ojos reflejos fueron de nuestras almas. Sus ojos, oh, divinos ojos! lagos de ensueños. Por qué de cierto misterio se rodearon cuando tu me prometías? Fueron sinceros: tus labios me engañaron, tus ojos me dejaron cierta duda...

¡Oh, duda aquella tan espantosa! Hoy la duda convertida en realidad es amarga... ¡Oh, duda bendita! La duda es el estado natural del corazón. El no conoce la verdad, ni tampoco conviene. En la duda se halla el amor.

El amor cuando conoce la verdad, desaparece.

La ignorancia es felicidad; la verdad no debe existir.

El amor debe ser ignorante; tampoco debe ser ciego.

Y nuestro amor siempre vivió rodeado de una cierta duda; por eso creció. Tu dudabas. Recuerdas? De qué dudabas?... De mi olvido me acusabas... Y ya lo ves; hoy te recuerdo... Pero, por qué, ahora, te ocultaste tras el visillo al caer de la tarde? Es que tu ahora me odias? Odíame, odíame por favor; odíame con toda tu alma loca; odíame como me amaste.

El odio es una pasión como una pasión es el amor.

Toda pasión me gusta: por eso me gusta el amor, por eso me gusta el odio.

Odiame, ódiame; pero no me olvides.

El olvido es árido desierto donde todo es sepultado.

Odiáñe, porque me parece me sigues amando.

Amame con tu odio.

Sentirse olvidado es sentirse abandonado. En el olvido no existe la tristeza; la tristeza es grande. El olvido es frío sepulcro, es la muerte, es la nada.

Y yo no quiero ser segado por la guadaña de tu olvido. Amo tu odio; tu odio es santo. Odiame por las cenizas de tu padre muerto; ódiame por el recuerdo de tu madre muerta.

Pero, por qué me odias? Acaso no comprendes que te amé, que te amo? Qué causas tienes? Dime, háblame. Por qué empalideces?...Por qué enrojeces?...Te gusta odiarme?...Odiame!...Tu odio adoro. Pero, por qué te quiero? Yo no sé. Se que te amo y que tu me odias. Talvez por tu odio te amo?...Odiame más; yo te amaré más....Bendito tu odio; bendito tu amor!....

Y seguía lloviendo.

Y la soledad era cada vez más grande, más misteriosa. Eran las doce y sacudiendo su melena paseábase a grandes pasos. El cielo estaba negro, alumbrándose por momentos por la luz de serpenteantes rayos que cruzaban

el horizonte. El amaba ese cielo. Sí, amaba lo que era negro; por eso amaba el fondo del mar; amaba el abismo del amor.

Cesó de llover. Era la madrugada. Recostose en el sillón y pensó: tus ojos me hicieron presentir el engaño: te seguí amando; cortaste bruscamente nuestro idilio, te seguí amando; me odiaste: te seguí amando. Mas hoy me odias?...No te amo, no te odio. Te olvido, me eres indiferente. Pasarás por mi delante como pasa la brisa sin ser sentida.

Mi indiferencia te servirá de purgatorio.

Cuando lo hayas comprendido; cuando ya todo esté perdido, mi pecho será para ti la laguna Estigia. Mi indiferencia será tu tortura. No te odio porque eres la mujer olvidada. Tu me sigues odiando? Todavía no olvidas al hombre que amaste; todavía tus sueños soñ seguramente junto a mí. Esa es tu debilidad; hoy quiero que concluya tu odio, que principie tu indiferencia. Solamente así seremos iguales viajeros. Eres la mujer abandonada....Oh! no puedo más....Loca imaginación!....

Y descansó; y casi adormecido pasó una hora larga. Era una estatua: inmóvil, tumbado, apenas su respiración hacía ruido. Su cara estaba pálida; sus ojos hundidos en medio de las ojeras profundas, negras y misteriosas.

De pronto se despertó: No, no puede ser....Cómo olvidarte? Jamás puedo olvidar a la mujer que amé un día; a la mujer toda alma, toda poesía: son tus ojos enigmáticos, ojos donde he mirado la ilusión. Eres tu, mujer amada, la crisálida de mi fortuna.

Cómo odiarte? Nunca se odia la virtud.

Eres mujer y eres buena: la mujer puede ser madre y la madre es buena. Tu ser encierra belleza y bondad.

Te amo? Si. Te amo, te amo como antes con locura, con vehemencia, con frenesí. Sin esta debilidad de los hombres no existiría el amor. Te amo igual que cuando pronunciaba mi juramento en aquella mañana que caminábamos bajo el verde ramaje de la campiña.

Te amo y mucho.

Te amo porque eres el abismo de mi tristeza y vivo feliz en élla.

Te amo porque robaste mi corazón....

Las horas habían pasado. Amanecía. La lluvia había cesado del todo en su monótona música.

Demasiado tarde? . . .

Había llegado al esplendor de su segunda juventud. Plétórica de ensoñaciones aun florecían los rosales de sus ilusiones. Era bella, y lucía la madurez de sus formas atractivas y voluptuosas. Había nacido en una de las más populosas ciudades de la sierra y por sus venas corría la sangre de sus progenitores de la América española y de la romántica Francia. En ella se aunaba la raza de los soberbios españoles y la raza de los soñadores de la libertad. El alma poética de París se confundía y se encarnaba en el espíritu de Don Quijote. Aquella mezcla de razas se transparentaba en los ojos verdes y cambiantes de la mujer bohemia, loca y espiritual. Nació en el mundo para la vida. Y ella fue la tentadora, entretejiendo pasiones abstrusas y contradictorias entre los hombres.

* * *

Pero después, su alma se reveló a la carne; y lo que talvez antes hízole estremecer de placer en medio de la

carcajada de la vida, mas tarde soportaba con toda resignación ante la opinión ajena y pueril juicio de las sociedades. Su imaginación híbrida volaba por los espacios que podían encerrar, aunándolos bien, las fantasías de las vírgenes del Sol y de las damas de la corte más elegante y despótica de los Borbones. Lloraba en sus adentros su fatalidad. Y si por una parte abría la brecha de los caminos desconocidos de todas las naciones transformándose en una cosmopolita, la retenía al mismo tiempo «el que dirán», por otra. Hubiese querido ser gaviota para cruzar el mar, gustando de sus apacibilidades y de sus furias, sin dejar más huella que alguna pluma que sería arrebatada por las olas verdes y tempestuosas.

Y siempre la vida, la misma, la de siempre: burda y grosera. Y junto al hogar cansado y monótono con sus alas rotas.

Fue una tarde de primavera cuando el sol se escondía detrás de las verdes colinas y el dulce manto de un crepúsculo provinciano abrazaba lentamente las angostas calles, que élla, la mujer de alma bohemia por llevar en sus venas la sangre de sus progenitores que habían venido del imperio del Sol y de la ciudad romántica, se entendió con un pintor de alma artista y espíritu soñador; y comprendiéndose mutuamente divinizaron el amor que cada uno se ofrecía. Ella aportó la hermosura y la alegría del ocaso prontas a extinguirse en el revuelto de los años; él llevaba consigo la locura de una juventud vivida. Y olvidando la desigualdad de los años que en nada obstaculizarían a la consecución de la finalidad de sus espíritus, absorbieron del cáliz del amor toda la dicha que para ellos

había estado segregada. Y sin embargo, era demasiado tarde. La vida, con la diferencia del tiempo transcurrido entre uno y otro nacimiento, había puesto la gran barrera de los acontecimientos desarrollados en el intermedio de los mismos; y sin poder unirse para siempre, viviendo juntos, formando el castillo azul de la ilusión, tenían que soportar grandes ausencias minadas por el dolor y alentadas por la esperanza que de tarde en tarde se verían, aprovechando, tal vez de manera insatisfactoria, las pequeñas oportunidades que por ironía de la suerte, acaso, les deparaba el devenir del tiempo.

Fue demasiado tarde cuando el espíritu de esta mujer bella encontró la fontana del amor en medio del árido desierto de su apesadumbrada vida. Empero, tenían almas gemelas y era suficiente. Si acaso los años se interponían, el amor y la mutua comprensión les salvaba. El, con su carácter de nómada supo desechar lo que cualquier burócrata vería con espanto, y buscando solamente la armonía de la forma se unió al destino de la bella de ojos cambiantes. Por qué demasiado tarde?...Acaso el espíritu envejece?...No tenía ella un alma de artista joven, bonita y coqueta?...No encerraba en las curvas de su cuerpo el atractivo delicioso, jocundo, de sabor de fruta madura?..

* * *

Su vida había sido como una cadena interminable de dolores y hastíos junto al hombre que no sabiéndola comprender, había tenido la suerte de unirse solamente por un destino implacable. Y torturada y casi rendida, próxima

a desfallecer, encontró un rincón de alegría para su corazón y para su espíritu. Fue la droga enervante que libó con ansia, con desesperación. Y abrazándose a este amor nuevo como una robusta liana al tronco de una joven palmera, fue adormeciéndose bajo esa sombra protectora de amor y de placer. Y él, dejándose amar, la amó mucho; dejándose arrebatar por su vehemencia, la hizo feliz y compartió el banquete de la vida escogiendo las viandas dulces y sabrosas.

Por qué demasiado tarde?....Por qué?....



Pobre Carmela . . .

Sonó la débil y conocida campana, llamando al comedor a todas las monjitas de la Comunidad a su comida frugal de la tarde. Todas éllas calladas y taciturnas atravezaban los amplios corredores y los pasillos semiobscuros, llevando en el rostro macilento y enjuto de cada una de éllas, el cansancio de una jornada más en su vida de abnegación y caridad para con los pobres enfermos, abandonados al abrigo de la beneficencia pública.

Era una de aquellas tardes tristes y grises de Hospital. El sol había desaparecido, y el día se iba refugiando en la suave nostalgia del crepúsculo, aturdido tan sólo por la monótona y cadenciosa voz de la fuente, colocada en el patio principal, a donde acudían algunos gorriones por saciar su sed. Todas las Salas dejaban entrever la honda tristeza de los que sufrían dolor, de los que anciaban la vida, de los que protestaban a la muerte pidiendo el auxilio, talvez imposible, de la ciencia; de todos aquellos que sentían horror por el sepulcro y sabían que antes de vol-

ver al seno de la tierra, tenían que pasar por las manos escudriñadoras de los practicantes. De vez en vez, algún quejido desgarrador del enfermo más grave, porque la muerte le acestaba certeramente, punzándole en su cuerpo dolorido y deshecho, se escapaba lleno de una interrogación profunda a la vida:—Sí el hombre, mientras se encuentra con plena salud, es el Rey de la naturaleza con su talento y sus músculos, por qué ahora, en el lecho del dolor, es un triste guiñapo que desespera y llora?...Después, nuevamente volvía la calma y el silencio; y otra vez el grito quejumbroso que rompía la quietud de las tardes grises de Hospital.

Había pasado yo en el Laboratorio toda la tarde; y metido en mi blanca blusa de trabajo, atravesé los corredores con solo una idea: verla a Carmela, la pobre muchacha de la calle que a fuer de prodigar caricias a todos los hombres tuvo que sujetarse a incruenta y dolorosa operación en uno de sus órganos más sensibles que antes habría guardado los frutos de su amor. Me dirigí a la Sala Santa Teresa y cruzando las dos filas de camas blancas, penetré en la estancia de pensión. Se encontraba hundida entre las sábanas, mirando fijamente el blanqueado del cielo raso.

—Cómo te sientes Carmela? Te duele menos?

—Voy bien, gracias. Siéntate; pero aquí.—Me enseñó el borde de su lecho; y suavemente estreché su mano.

—Recordabas?

—Nada. Me entretenía en formar figuras en las quiebras del blanqueado. Mira.—Y, sonrió apenas, entreabrien-

do sus labios secos y marchitos por la incesante sed a causa de la fuerte hemorragia sufrida en la mañana de la operación.

—Te entretienes siempre; si no con los hombres, siquiera formando parecidos grotescos de todos los que fueron tus amantes. Tu historia? Cuéntame; desahogaría, así tu pecho; encontrarías un oasis en medio de tu vida agitada y pasaríamos matando el tiempo hasta la llegada de la hermana.

—La misma de todas. Fuí engañada y después.... aquí en el Hospital.—Sus ojos hundidos se llenaron de lágrimas que pronto corrieron por sus mejillas pálidas y angulosas, hasta mojar las ásperas mantas del lecho.—Verás, Me había él prometido casarse y yo loca y apasionada huí una tarde de invierno, junto a él, hacia un suburbio de la ciudad. La lluvia ahogó mi grito de dolor, y con el se fue mi virginidad. Luego, toda yo asustada regresé a casa creyendo en su pérfida promesa. Pasamos así, en uno u otro lugar, alejándonos de la gente, tapándonos de los vecinos, durante algunas semanas, y, cuando sentía ya los estragos de la maternidad, el muy señorito, estudiante de jurisprudencia, se regresó a su pueblo. Entonces quize despedirme o estar a su alcance para matarlo; pero, el amor por el que venía, que era fruto de mi pasión, llevado en mis entrañas, formado poco a poco con mi sangre, impidió mis varias tentativas de suicidio. Llegado el momento preciso fui arrojada de mi casa y acudí a la Maternidad. Fué en donde te conocí. Quize, tan luego como recuperé mi salud, trabajar para sostener a mi hijo, pero toda mi ocupación me era vedada por mi pequeñuelo; y mientras

el hambre carcomía mi estómago, el deseo de los hombres tentaba mi honradez. Por fin, caí con un desconocido por una moneda y luego con otro y con otro y con varios y con todos....Después, algo que los médicos y tu mismo no me han explicado bien: al terminar el examen siempre una mueca de decepción y un envío al Laboratorio para el análisis de mi sangre. Dime, qué es?

—Nada, ya mejorarás del estado actual, de aquello que no te han explicado, de todo....La vida volverá a tí; velarás por tu chiquitín; reirás con tus amigos y meditarás también sobre tu calvario y tu cruz que el destino te ha segregado. Ahora, es preciso mucha quietud.

Y fijando sus ojos lívidos y vidriosos en las resquebrajaduras del blanqueado que simulaban un hombre, se abstrayó de cuanto le rodeaba y permaneció largo momento, cerrando después sus párpados que dejaron libres unas cuantas lágrimas.

Pobre Carmela! Pensaba en su vida? Pensaba en su hijo? Pensaba en los hombres?....

Unos pasos quedos y delicados se oyeron de pronto. La hermana del servicio hacía su última visita de amor y desinterés.

—Cómo sigue Carmela?

—Muy bien hermanita; estoy tan contenta, soy tan feliz.....

Me despedí estrechando su mano pálida y exangüe. Pobre Carmela! La vida....el amor....el destino.

La obscuridad se cernía sobre todo el Hospital. El quejido de algún enfermo grave rompía el silencio; y la fuente, monótona, lloraba igual.

Qué bella misión es la de aliviar los dolores!!....

Fragmentos

En la cestilla de papeles viejos de mi único amigo encontré en el revuelto de papeles sin importancia un legajo que examinándolo vi que eran memorias escritas al acaso y al correr de las horas de su agitada vida.

Mi gran amigo había muerto. Mi mejor ofrenda para él es consignar en estas páginas las pocas impresiones que he procurado salvar del fuego....

*Enero 1...*La vida. La vida con sus añoranzas, con sus penas y con sus dolores. La vida con un año más de vida. Qué se fue uno, qué viene otro? Qué importa!... El tiempo inmutable sigue indiferente hacia el abismo, hacia el fin, hacia la nada....1930 como 1920 como 1940... igual: tendremos dichas y felicidades; sentiremos pesares y tristezas. Sin embargo presiento. Lo he esperado tanto. Año de gracia; podré el 31 de diciembre cantar gloria? Esperaré.

La charla de amigos que rodeamos las mesas del Hotel es amena, y sobre todo animada con licor. Hablamos

de bagatelas, de cosas insustanciales; uno que otro *cacho* picante; el sonido del congolito que hace rodar los dados alegra más la sala. Los dados son los que marcan nuestra suerte del momento exigiéndonos el pago al cantinero o provocándonos el mal humor de la pérdida. Quia! Son cosas tan pequeñas que no merecen tomarse en cuenta. Reímos, gozamos; perdemos o ganamos.

Alguien insinúa bailar. Me dedicaré, pues, al arte coreográfico. El aire, la música, junto a las burbujas del champaña, sensibilizarán mis nervios que embotados se hallan, superándose a si mismo, por el whisky y el ajeno.

Un gratuito enemigo de años atrás, juega y bebe también como nosotros. La vida es igual. Todos los hombres se divierten lo mismo. Acaso sea la oportunidad para toparse frente a frente, hombre a hombre. Todavía la sangre caballeresca de España circula por Indo—américa; todavía las vestidas de Dn. Quijote es el virus de nuestra raza; todavía la brabura y la desición del Cid, campean en nuestros pueblos jóvenes.

Estoy en el baile. Preciosas chiquillas, damas respetables. Es la locura de rizas, de música y de movimientos rítmicos. Los perfumes exhalan sus olores pungentes y un debil olor de carne fresca embriaga el olfato ávido del aroma de carne de mujer blanca o tostada. Estamos frente a frente con mi enemigo. Nos miramos. Él habla arrebatado por el licor; reconoce su mal proceder e invoca amistad. Qué venga una nueva vida entre los dos! Nos estrechamos las manos generosamente, nos abrazamos como buenos camaradas. Talvez ha sido un capricho, talvez una

incomprensión. El corazón del nuevo amigo es bueno....

El baile continúa. El perfume embriaga más tanto como al licor. La vida es así....Que venga el nuevo año. Esperaré de él todo lo que me depare. Siempre lo esperaré. Quizá cantaré en diciembre la gloria de haber vivido un año excepcional del tiempo inmutable que corre hacia el abismo, hacia la nada....

Enero 15...Amado Nervo, el poeta inimitable aconseja buscar el amor. «Si tienes un hueco busca el amor».

Esta vida provinciana ha ido deslizándose monótona y cansada. Entre el trabajo de aliviar dolencias; charlar con grupos eterogéneos de amigos; guiar automóvil a grandes velocidades, y de cuando en vez reír con muchachas indiferentemente. Ahora, aún cuando trate de engañarme me encuentro enamorado y perfectamente sugestionado por la belleza sutil y vaporosa de élla, por su alma, por su corazón, por su espíritu. Ella me ha impresionado bastante. Es preciso verla, oírla, comprender su interior para que toda mi indiferencia caiga a plomo desde su torre egoista y deslesnable. Ah, la impresión causada por aquellos ojos azules! Estos ojos azules serán el reflejo de su alma? Siento un escozor. Ella es una artista y ha sacudido mi temperamento emotivo... Pero no hablaré más. El hombre enamorado habla sandeces; se pone en ridículo. El amor es tan fuerte que ciega y envanece.

Febrero 8...Un viejo amor....Hace más o menos un lustro, amé a una mujer inteligente, espiritual y de alma de artista; aquella era al mismo tiempo voluptuosa, sensual: toda su carne vibraba junto a la carne, a la par que su alma

junto al arte. Sencilla y delicada, compleja y violenta a veces, era la encarnación de un espíritu superior dentro de una ánfora de carne de curvas deliciosas. Estilizada y sutil, llena de ambiguas concepciones vagaba por el mundo soñolienta y loca; recorría las etapas de la vida sonámbula y bohemía; enredaba a los hombres sin querer con sus ojos claros de verde mar; aprisionaba entre sus sonrisas a los errantes peregrinos del amor.

Esta era la mujer de entonces, esta es la mujer de ahora. Y hoy la he tenido entre mis brazos, hoy ha vuelto a vibrar conmigo como en aquel entonces; como en aquellas tardes solitarias y tristes de provincia; como en aquellas noches ya lejanas dentro de su *boudoir*; como en aquellas tardes frías, tempestuosas y huracanadas del campo.....

La amo todavía.

Hemos conversado de cosas vanales; élla se ha empeñado en hacerme oír su vida, de hacerme saber alguna loca historia de un pasatiempo inútil, de hacerme reír de su galán tímido que la corteja de lejos.... Yo la he oído, he reído juntos con élla; he vivido un minuto del tiempo que pasa. Oh, los momentos de íntimo consorcio de dos almas gemelas!....

Se apresura en irse. La tarde avanza. Quizá nos volvamos a encontrar otro día; quizá me cuente nuevamente sus pasatiempos inútiles; quizá vibre otra vez mi cuerpo junto al de élla.

Febrero 13.... Es cuestión de la civilización moderna? Es modalidad innata de las mujeres? Es un sentimiento particular, propio mío? Cuánto vale un detalle! Encierra

todo el porvenir. En ocasiones forma el gran edificio de cristal de la felicidad y en otras, desvaratando sin temor, deja apenas los escombros que entre recuerdos vagos con el pasar del tiempo se esfuman. Para que no haya un entendimiento caval entre hombres y mujeres, quién tiene la culpa? Son éllas que locueñas y casquivanas brindan sonrisas por todos lados? Son los hombres mismos que poco honrados, nada escrupulosos, galantes y bohemios, logran conseguir el amor de una muchacha para luego repudiarla y vanagloriarse con una historia más en un círculo de desocupados, peremnes guardianes de cualquier esquina?

Hoy he sentido la nostalgia de una esperanza que fue esbozada con loco entusiasmo. La inutilidad de la vida se acentúa, y solo surge el mundo danzante, eterno fanteche del tiempo y pobre payaso de colorida cara que después de rodar con saltimbanquis, entre mercaderes tramposos y asaltadores de caminos, se queda en casa roído por algún flagelo humano, mientras la monótona canción de todos los caminos se aleja con la farándula.

Si la vida es buena, el desengaño la mata; y triunfa siempre el dolor, trinfia el vicio, triunfa la reflexión calculadora. No hay mayor enemigo de la juventud que la experiencia: élla enseña bajo medidas precisas que una mala acción debe ser devuelta; que la venganza tiene sitio adecuado y siempre en el corazón; que el triunfo consiste en el engaño de los demás; que la audacia vence a la virtud; que sobre la honradez va la felonía, en fin, que el número matemático tiene mayor aceptación que la idea.

Y pensar que encontré en élla bastante de las aspira-

ciones mías! Fue para mi vida ardiente el oasis donde creí satisfacer algo mi sed espiritual. La elegí, la creí superior. Nada. Todo es lo mismo. Siempre la misma vulgaridad; siempre las sonrisas fingidas; siempre las miradas falsas. Los hilos del destino se entrecruzan y se anudan. En el intrincado tejer de la existencia guía la ciega dama que fatalmente teje y teje.

Se ha terminado mi ilusión. Ella es como todas: la vorágine del mundo moderno la lleva para arremolinarla en las escenas de siempre, de todos los días, de todas las horas, que a fuer de repetirse astian y cansan. Ella es como todas: arrebatada por el medio ambiente sucumbe con la generalidad mediocre; muere anonimamente ante mis ojos. Ella es como todas: baila en un mal hotel al son de una vitrola antipática....

Ella es como todas....

Febrero 14.... Hablar siempre del pasado; querer buscar los orígenes de la materia, de los hombres, de los seres en general; traer a la memoria investigaciones científicas de sabios de todas las edades; aceptar o rechazar teorías fundadas en hechos ciertos o en suposiciones, a veces lógicas y acertadas, a veces erróneas y falsas; relatar leyendas místicas de todas las religiones; cruzar conceptos e ideas, es la tendencia actual del núcleo de amigos que ociosamente descansamos en los muelles sillones del Club.

Los orígenes de la materia se remontan a miles de miles de siglos en donde encontramos una sustancia sutil, elástica, impalpable, energética. Esta fuerza cósmica mediante su poder y aprovechando movimientos rotatorios, formando tor-

vellinos, se agruparían los pequeños electrones y yones cargados cada uno de diversa electricidad formando núcleos centrales al rededor de los cuales girarían, sujetos a repulsiones y atracciones. Este sería el principio de la materia. Pero, y la leyenda bíblica? El Génesis se esfuerza en la creación del Universo....

Y luego, las razas, los hombres, los poblados. Qué importa el origen del género humano? Alguién asegura la invasión nórdica con la raza aria hacia el centro del Asia; algunos afirman el desparramamiento de la humanidad desde la meseta tibetana; alguien afirma y prueba el origen americano. Qué importa que el primer hombre sea el de Java o el de Neandertal! Qué importa que en edades remotas hayan tenido relaciones sexuales entre los hombres y los animales, dando por resultado a los hominianos y desprendiéndose de estos el *Pitecantropus erectus*?... Qué importa lo que no tiene bases fundamentales ni comprobaciones ciertas? La erudición de estos amigos es relativamente buena al tratarse de las superficialidades de la prehistoria; quizá también sea solamente unilateral. Por qué no hablamos de la época contemporánea, de los hombres de ciencia y de letras que bajo sus enseñanzas se han modelado generaciones nuevas y han imprimido el sello peculiar de los diversos pueblos? Están olvidados de estas pláticas ordinarias Francis Leroire el insigne artista conocedor de las costumbres y tendencias antiguas; Edison, el mago de los siglos XIX y XX; Gómez Carrillo, el cronista agil y ligero; Leopoldo Alas, Emilio Bobadilla, Azorin, Eduardo Gómez Vaquero, críticos oportunos y desenvueltos; Blasco Ibañez, profundo observador y psicólogo; Guido da Verona, narrador elegante y lle-

no de vida; Bergson, el filósofo espiritualista; Le Bon el gran genio de la escuela Materialista; Einsten, Bourget, Fran-
ce, D Anuncio, Flanmarión, Francés, Bertrant, Barbouse, y
tantos, tantos otros.

Sinembargo, siempre al mismo tema. La curiosidad del misterio? La unilateralidad de conocimientos? La afición al pasado remoto? Cualquiera que sea la razón, las veladas no son monótonas y el tiempo no va perdido.

Marzo 12... La prensa se comercializa. Todos quieren hacer pingües negocios con la vanidad de las gentes. La sed de oro no tiene reparos. Ahora, todo se anuncia, porque anunciar es vender. Da igual ver en primera página «arroz de primera calidad», «la señorita sutana espiritual y bella», «lotería de 10.000» en fin, bajo la cotización de a tanto por pulgada los méritos personales, la belleza física, los productos agrícolas, etc., van desfilando en todas las secciones.

Ha tocado conmigo—en mala hora—el representante de un periódico; y después de encomiar mi persona, mis actividades y tendencias modernas, cínicamente se me propone la publicación de mi retrato con la leyenda apropiada—naturalmente según la paga. Por qué se me hace esta propuesta? Cortesmente manifiesto a mi interlocutor que los méritos no se cotizan, que odio el autobombo, que detesto la propia propaganda y que prefiero siempre trabajar en silencio con la única satisfacción de ver cumplidos mis anhelos para mi ciudad y de cooperar aún cuando sea en mínima parte el progreso de la humanidad. Si alguna ocasión las hojas periodísticas han hablado en bien de mi persona,

ha sido espontáneamente por lo que de todas ellas soy agradecido.

Así pues, amigo del cuento buen viaje.

Mayo 25... Hace algunos años, cuando viví en Quito, al acaso, apunté cierto detalle de la vida sucedida en los días 29 de mayo, 9, 17 y 20 de Junio. Quiero añadir a éstos recuerdos, porque en estos momentos se me viene a la imaginación. Qué importa que haya sucedido en una o en otra parte? La vida de cada hombre es una.

Mayo 29... Es tarde. Suenan las cinco lentamente, tristemente, en el cercano reloj de la vetusta torre del Hospicio. Alguna preocupación bulle dentro de mí: un amor que se iba, que agonizaba; un amor que con cierto capricho había transcurrido varios meses, era próximo a extinguirse. Quizá estaba ya concluido. Cabisbajo por medio de la desierta calle diríjome a mi departamento.

Y, una mujer que se cruza; una morena de ojos negros y grandes «cargados de trizesa»; de labios rojos, húmedos y frescos; de cabellera ondulada, negra, sedosa; de aire fino y elegante, recordando el tipo andaluz, atrajo mi mirada que vagaba inciertamente.

Siento, no lo dudo, una emoción profunda. Surge una idea de aventura. Un amor que se despierta.

Su nombre?—Quién es élla?....

Junio 9... Desde aquella tarde, es quizá, élla, mi única idea obsesionante. Si. Toda su figura de sevillana me embelesa.

Hoy, en el viejo templo de San Francisco, en medio

de la multitud creyente, la he contemplado. De rodillas ante la imagen de una virgen rivalizaba su belleza y su virtud. Sus ojos derrochan luz y gracia: son sus ojos tan claros en medio de sus ojeras tan oscuras!....

La semi-obscuridad del templo me envuelve: una música religiosa llega a mis oídos, y mientras los fieles elevan sus cánticos me hallo atraído por su mirada furtiva. Un arrobamiento se apodera de mí, la acción beatífica de sus manos juntas, posando las cuentas de su rosario, me ha intrigado. Son acaso cada una de esas cuentas una esperanza más, que brota en su loca cabecita y que luego se desvanece? Quizá va contando de manera material sus oraciones?—Qué pensará en este momento su cerebro de mujer?—No lo sé. Qué desengaño!....No poder decifrar el pensamiento, aún mirando la materialidad de la vida. El rumor de la multitud que se agita me despierta de mis cavilaciones profundas.

Ella, abandonando el templo, se ha confundido entre toda la gente, y se va perdiendo entre las densas sombras que se proyectan bajo las calles.

Junio 17....Nuevamente me hallo dentro de una iglesia. Ella ha concurrido a la fiesta que en este día se celebra. Su vestido rojo me da la sensación de un corazón que palpita.

Es el templo de Santa Clara sencillo, severo de estilo, con sus muros repletos de retablos faltos de gusto y de arte. Todo su conjunto me hace evocar el clamor continuo de que es testigo, cuando aquellas abandonadas del mundo hacen repercutir el eco de sus voces apagadas y huecas

desde el coro de gruesas rejas. ¡Cuántas mujeres habrán pasado por ese coro! Hoy mismo llegan sus voces como si se escaparan a través de tubos. Y, pienso que todas aquellas mujeres encerradas en este convento, tuvieron en su vida una decepción que les arrojó a la soledad; es quizá por esa vergüenza ante la vida alegre, que llevan cubiertos sus rostros pálidos y macilentos, por densos velos?

Vibran tiernamente los violines; lloran las flautas; armoniza el viejo melodío: es una melodía de Verdi. El humo cargado y oloroso de la mirra que arde dentro un pebetero, se esparsa y se difunde. Una agitada campanilla suena; todos los creyentes musitan una oración y tras un brebe murmullo se han colocado en posturas reverentes y de sumisión. Y, mirando fijamente los párpados color de lejanía de ella, pienso en la felicidad ciega de toda aquella multitud.

Junio 20.... Calientan la tierra, evaporando la humedad de la noche anterior, dorados rayos de un sol que nace.

Gente campesina cruza el angosto camino que conduce a la campiña; hombres, mujeres y niños se dirigen alegres a la ciudad llena de encantos, engaños y sutilezas.

Y, voy hacia su huerta junto a élla.... Mis manos acarician sus manos de seda, y, entreabro su corazón que se agita dentro su pecho. Convenimos la hora de las citas en el prado cercano. De pronto.... «hasta aquí».... y, detras de una puerta que se entorna se esconde su cuerpo ondulante sin el egoísmo de mirarme.

Es plena mañana de luz. Estoy en el campo, y pa-

sará ella varios días en la campiña, y yo frecuentaré su caminito angosto....

Agosto 27... Y pensar que algún día creí en algunos amigos. Pobre ilusión que se ha esfumado tan pronto!... Los hombres giran al rededor del yo. Todo es para sí; todo es en su propio provecho sin que tuvieran el menor reparo en los demás. Ah, el egoísmo que germina en el alma humana!

Y bien, mejor así. Aún cuando el conocimiento de los amigos haya sido doloroso para mi espíritu y para mi alma, ya estoy satisfecho. Porque a cambio de una dura decepción he tenido el desenmascaramiento de los falsos y de los hipócritas.

Siento dentro de mí la aguda punzada del desengaño; estoy herido en la fibra más honda de mi sentimiento: mi dolor es agudo. Mejor así. Ya conozco el egoísmo de los hombres más de cerca. Acciones nobles había que pagar con una felonía! Si, es el atavismo que a veces llevan los hombres. La ingratitud es la mejor recompensa que puede esperarse. Ya me han enseñado a devolver un mal por un mal. Ser bueno en la vida es dejarse engañar; ser generoso es dejarse explotar. Pero no. A cambio de toda mala acción, devolveré siempre una buena acción y seguiré siendo lo que soy. Qué importa de las ingratitudes? Cuando se tiene una buena alma no hay que perderla.

La fatalidad de las distancias

Era la rubia venida del norte. La raza germana con toda su belleza y su esplendor florecía en la muchacha tierna y delicada que miraba con sus ojos azules las azules lejanías de la cordillera andina. Bien que élla recordaba siempre de la preciosidad del paisaje suizo; pero, también siempre en las mañanas plenas de sol o en las tardes solitarias de provincia, buscaba, ávida, esa belleza agreste de las lomas escarpadas, esa tristeza y desolación de las lejanas quiebras en las estribaciones del Chimborazo, del Tungurahua y del Cotopaxi.

Viviendo fuera de su medio buscó un reducto en su propio espíritu, una torre almenada de ilusiones dentro de su propia alma, y un castillo azul dentro de su propio pecho... Talvez era la incomprendida; y acaso, presintiendo eso, no expansionó su carácter alegre, franco y sincero ante la crítica punzadora de las gentes de pueblo grande. Ella vivía dentro de sí, soportando a veces impertinencias de tontos y envanecidos. Qué le importaba si a su her-

mosura y virtud nada le llegaba? Vivía en el barrio aristocrático del pueblo, en el barrio rico donde cada chalet disputaba al de su vecino; y las tardes al concluir sus faenas diarias recorría la avenida polvorienta y desigual del barrio aristocrático y rico, a donde concurrían mujeres bonitas y hombres ociosos.

Entre la arboleda verde y fragante, entre el matiz policromado de las flores, confundiendo sus ojos azules con el azul del cielo y sus cabellos dorados con los rayos lucientes del sol en el ocaso, vagaba lentamente llevando la arrogancia de su cuerpo y la dulzura de su alma. En la transparencia de sus pupilas claras se columbraba una esperanza de amor. Hasta cuando? Las tardes con todos los tonos de una naturaleza siempre pródiga pasaban qué lentas y qué cansadas; y una tras otra siempre igual, brindándole a la meditación, al desasociado, y aun talvez, a la desesperación de la rubia venida del norte. Qué ahogo en la garganta tendría que soportar al vivir callada, en silencio, observando las pequeñeces del barrio aristocrático y rico! Habría querido gritar en los campos verdes, rumbosos y alegres; habría querido confundir libremente su voz con las aguas del riachuelo que fecundizaba las márgenes exuberantes; habría querido cantar juntamente con los güiracchuros que inquietos picoteaban los frutos maduros, escondidos en las verdes copas de los capulíes y duraznos. Pero, siempre la vecina atisbando a la gringa! Siempre la curiosa viandante de la avenida aristocrática mirando de reojo a la extranjera, siempre la crítica mordaz....

Y largas semanas y cansados meses pasaron siguiendo la monótona vida entre regentar una Pensión de lujo y

vagar por la arboleda confundiendo sus ojos azules con el azul del cielo y sus cabellos dorados con los rayos lucientes del sol en el ocaso....Y un día de sol y un día de ventura asomó el hombre que llenó su alma y aspiró a tener el lenitivo de su espíritu torturado, incansable de admirar la belleza agreste de las lomas escarpadas, la tristeza y la desolación de las lejanas quiebras en las estribaciones del Chimborazo, del Tungurahua y del Cotopaxi.

Y fue para el monótono vivir de él, la llama rutilante de su obscura senda. Vivía cansado, vivía hastiado de su propia existencia. Las aspiraciones de su alma eran cada vez rotas por la maldad de los hombres y la recta inflexible de su destino no se traducía sino en la gran tristeza de su alma próxima a estallar. Apartado de las gentes, recorría algo huraño siguiendo las paralelas del ferrocarril que envolvían voluptuosamente a la pequeña ciudad, como una faja a la cintura de cualquier coqueta. Aburrido y solo, leía con desesperación y esperaba de tarde en tarde la visita clandestina de su amante hermosa que satisfacía a sus sentidos pero que no había llegado a su espíritu; aburrido y solo rumiaba su propia desventura por la incomprensión de los demás; y aburrido y solo dejando a un lado el tedio buscaba el momento de expansión espiritual en mi compañía porque yo le había brindado mi amistad sincera. Yo conocía de los estados de su íntimo yo y a veces participaba de sus profundas penas y despechos como de sus momentos alegres y felices. Oh! nuestra amistad de tantos años, unida por lazos irrompibles y cada vez más apretados. Cómo saboreamos juntos una época de la vida!....

Desde entonces ya tuvo su vida la columna blanca a donde llegar, a donde asirse, a donde escalar y salvarse del abismo irremediable que le atraía en el devenir del tiempo. Las mañanas claras y luminosas, las tardes cálidas, las noches lunadas en íntimo contacto de élla, de la rubia de ojos azules, rondaba por los setos húmedos, saltando vallados en alegre camaradería. El alma de los dos era una: sus espíritus habiendo estado en igual posición frente a la vida, se habían comprendido y de sus corazones brotó el amor.

El amor alegró la vida de mi amigo el aburrido y de la rubia venida del norte próxima a sufrir de nostalgia por su bello país. Formaron del huerto florido el edénico jardín de sus ilusiones y de la avenida del aristocrático barrio, la senda de mutua felicidad. Por la campiña de enfrente, al pie de las colinas agrestes, rondó el amor al rededor de ellos; y a su paso por entre los frutales, parecía que los árboles rumorosos entonaban una canción de vida, dejando caer sus hojas para enverdecer el camino. Posiblemente la atracción de los contrastes con respecto a sus colores y la similitud de almas hacía que se unieran más y más cada día. Ella encontró en el espíritu latino la fogocidad y la vehemencia en el amor; él conoció la candoridad y la sencillez del alma germana. Ambos toparon con la ventura de la vida y ambos absorbieron gozosos el néctar de la dicha.

Y fueron pasando de sensación en sensación: la copa plena de la vida brindaron por sus propias vidas y trataron de tomarla hasta las heces; él libó el licor azul de sus ojos soñadores; élla bebió el néctar del amor ofrenda-

do. Ahora como antes estaban en iguales posiciones frente a la vida....

Pero, las rutas marcadas para cada hombre, para cada mujer, no varían, no pueden variar; y a pesar de todo lo que pudiera oponerse a su desviación tiene que realizarse tal cual han estado trazadas. Ella no era del país; tenía que regresar a su hogar paterno; había que aprovechar el viaje de una vieja tía. El no tenía dinero suficiente para seguirla ni tampoco aceptaba como única medida para oponerse al viaje, el matrimonio dentro de la ley que regía a su nación. Había pues que necesariamente separarse. Y llegó el día: la pitada de la locomotora silvó en los aires rompiendo la calma de la atmósfera y dióle «un latigazo en el corazón» como él me decía. Una lágrima cual una perla brotó de los ojos azules como si brotara del fondo abisico en las mañanas cálidas y tranquilas; un pañuelo blanco desde una de las ventanillas del convoy se agitaba en el aire; y unos ojos negros desde el andén de la estación seguían absortos al tren que proseguía su marcha. Otra vez solo. Nuevamente a rondar las paralelas del ferrocarril, hosco y huraño, al caer de las tardes oyendo tan solamente el rumor del viento entre los matorrales y los siczis y el murmullo quejumbroso del riachuelo adormecido en el crepúsculo de las campiñas.

La tiranía de la vida volvía a fustigar su espíritu que por poco tiempo había conseguido paz y consuelo y la fatalidad de las distancias cayó entre los dos....La rubia venida del norte volvía al norte; el azul de sus ojos, en pleno mar, se confundiría con el azul de las aguas y con el azul del cielo, y, el oro de su cabellera se confundiría con

el oro del sol. Alma sensitiva volvía a la región de los lagos encantadores. Dejaba su corazón en la América, llevaba consigo el amor indohispano de mi amigo Juan.

Oh! la fatalidad de las distancias....

Ella volvió a soñar con sus Alpes queridos y mi amigo volvió a aburrirse con las arrugas de los Andes ecuatoriales.

El viajero solitario

En pos de la amada de su vida iba solo por todos los rumbos de la vida. A veces creía encontrar todo el por qué del eterno anhelar que llevaba en su corazón y dentro de su pecho como una llama prendida en ciertas mujeres rubias de ojos azules o verdes, o en ciertas mujeres morenas de ojos negros, o en ciertas mujeres castañas de ojos claros....Y en la variación incesante de su ser, forjó el tipo de la mujer que perseguía locamente sin encontrarla. Es que su espíritu delicado y exigente no se conformaba con la vulgaridad de cada paso. Además, su amada era irreal, talvez imposible, impalpable: estaba fuera de la materia, y por lo mismo pasaban las mujeres reales, posibles y palpables como pasa el sol todos los días por la línea equinoccial....

Era el viajero solitario en la noche de la vida. Iba buscando el ideal y no podía encontrarlo. Acaso desesperaba ya; y cuando menos lo creyó, halló a la mujer que se acercaba a su ideal. Quizá era su tipo. Y principió, desde entonces a cultivar su amor. Había perdido su fe

hace algún tiempo y se hallaba desamparado de todo; aún de este fetiche. Penso encontrar en los ojos verdes de esta amada casual la esperanza de vivir y volver a recobrar su fe perdida.

La fe es faro de redención; es guía de los aflijidos, consuelo de todos cuando se la comprende y se espera todo de ella. La esperanza es el horizonte despejado de la fe.

Bienaventurados los que no han perdido la esperanza!

Y esperó la hora del bien.

Continuamente viajaba de una ciudad a otra para ver a la mujer en quien pensó encontrar todo el por qué de la vida. Cuando recientemente la conoció, en sus ojos verdes y en su sonrisa graciosa, columbró la esperanza del amor. Porque sus ojos grandes de rizadas pestañas se clavaron ignenuos en la vista de él; porque su boca cual una herida, al dejar entreabiertos los labios rojos, sonreía con dulzura....Pasaban los días. Y unas veces en el mejor teatro y otras veces en algún parque o en algún paseo público, corrían la vida entre escenas de amor y episodios insustanciales.

Después surgió el desencanto, la desilusión. Se había equivocado. La luz de aquellos ojos encandilaron su espíritu y fatalmente erró, y, al andar en el camino tortuoso de ese equivocado amor se encontró al borde del abismo. La decepción le hizo descender a él, y depar en par, en el fondo, estaban abiertas como fauces ambrientas las puertas del licor y de los tóxicos enervantes. Resueltamente penetró en ellas y cerró tras de sí para separarse del

mundo externo y sentirse más tranquilo y más solo. Absorbió el néctar de todos los venenos; intoxicó su alma, su espíritu, su corazón; embotó todos sus sentidos y se embriagó de desilusión, de desesperanza...

Al andar del tiempo surgió su alma y miró a su derredor y se aburría. La inmensidad de su alma fue la inmensidad que trató de conocer primero. Y escudriñó y se internó dentro de sí mismo: en ella encontró todos los elementos para su propia formación y en el campo humano halló terreno propicio para ejercitar una u otra actividad, una u otra tendencia, una u otra inclinación. Rompió con la costumbre y con el pasado; desechó lo inútil y lo inservible; edificó sobre esas ruinas el nuevo almacén de su porvenir. Revolucionó su espíritu y quiso que floresca para que uniéndose con los demás en armónico clamor, fuese como las olas que juntándose llegan a formar el inmenso rumor del océano. Pensó que el fundamento de su revolución espiritual sería el preciso convencimiento de sí mismo. Quiso mirar por la ventana de la conciencia su vida interior, aquella vida íntima de cada hora, de cada minuto y transformarla, anhelar su evolución hacia miras superiores, batallar, vencer, triunfar, y por fin, llegar. Llegar a la meta después de haber saltado riscos, negruras, incertidumbres y haber vencido abismos y dudas. Quiso ser el inconforme con lo establecido y buscar espacios en donde poder diluir toda la floración de los buenos sentimientos de su corazón y buscar espacios para dejar escapar las hondas de su cerebro pensador y buscar espacios para las pupilas de su alma, ahítas de infinito; y después de haber fecundizado el espíritu y disciplinado la voluntad, dejar libre al viento y a la distancia toda esa ancia

hace algún tiempo y se hallaba desamparado de todo; aún de este fetiche. Penso encontrar en los ojos verdes de esta amada casual la esperanza de vivir y volver a recobrar su fe perdida.

La fe es faro de redención; es guía de los aflijidos, consuelo de todos cuando se la comprende y se espera todo de ella. La esperanza es el horizonte despejado de la fe.

Bienaventurados los que no han perdido la esperanza!

Y esperó la hora del bien.

Continuamente viajaba de una ciudad a otra para ver a la mujer en quien pensó encontrar todo el por qué de la vida. Cuando recientemente la conoció, en sus ojos verdes y en su sonrisa graciosa, columbró la esperanza del amor. Porque sus ojos grandes de rizadas pestañas se clavaron igneños en la vista de él; porque su boca cual una herida, al dejar entreabiertos los labios rojos, sonreía con dulzura... Pasaban los días. Y unas veces en el mejor teatro y otras veces en algún parque o en algún paseo público, corrían la vida entre escenas de amor y episodios insustanciales.

Después surgió el desencanto, la desilusión. Se había equivocado. La luz de aquellos ojos encandilaron su espíritu y fatalmente erró, y, al andar en el camino tortuoso de ese equivocado amor se encontró al borde del abismo. La decepción le hizo descender a él, y depar en par, en el fondo, estaban abiertas como fauces ambrientas las puertas del licor y de los tóxicos enervantes. Resueltamente penetró en ellas y cerró tras de sí para separarse del

mundo externo y sentirse más tranquilo y más solo. Absorbió el néctar de todos los venenos; intoxicó su alma, su espíritu, su corazón; embotó todos sus sentidos y se embriagó de desilusión, de desesperanza....

Al andar del tiempo surgió su alma y miró a su derredor y se aburríó. La inmensidad de su alma fue la inmensidad que trató de conocer primero. Y escudriñó y se internó dentro de sí mismo: en élla encontró todos los elementos para su propia formación y en el campo humano halló terreno propicio para ejercitar una u otra actividad, una u otra tendencia, una u otra inclinación. Rompió con la costumbre y con el pasado; desechó lo inútil y lo inservible; edificó sobre esas ruinas el nuevo almacén de su porvenir. Revolucionó su espíritu y quiso que floresca para que uniéndose con los demás en armónico clamor, fuese como las olas que juntándose llegan a formar el inmenso rumor del océano. Pensó que el fundamento de su revolución espiritual sería el preciso convencimiento de sí mismo. Quiso mirar por la ventana de la conciencia su vida interior, aquella vida íntima de cada hora, de cada minuto y transformarla, anhelar su evolución hacia miras superiores, batallar, vencer, triunfar, y por fin, llegar. Llegar a la meta después de haber saltado riscos, negruras, incertidumbres y haber vencido abismos y dudas. Quiso ser el inconforme con lo establecido y buscar espacios en donde poder diluir toda la floración de los buenos sentimientos de su corazón y buscar espacios para dejar escapar las hondas de su cerebro pensador y buscar espacios para las pupilas de su alma, ahitas de infinito; y después de haber fecundizado el espíritu y disciplinado la voluntad, dejar libre al viento y a la distancia toda esa ancía

peremne de volar, de trasplantarse, de irse, aún cuando no materialmente, hacia mejores mundos irreales tras de una ilusión, en pos de una esperanza; vencer el quietismo y poner en juego toda acción, encaminada a dominar una resistencia separando lo inútil y despreciable como hace el hombre de las selvas con los guijarros y las asperezas del camino; levantarse en medio del desierto de la vida sobre el risco más agreste, más fiero, pero más alto, a fin de dominar con más facilidad las pequeñas dunas que polvorientas y áridas van rizándose al son del viento; sentirse dominador antes que aterido, frío y triste, y aún cuando solo en el valle de granito, ser el fertilizador de ese suelo áspero con sus propias lágrimas, ser el creador de belleza, ser el formador de su propio mundo interior....

Huyó del alboroto mundano para reconcentrarse en la meditación de las cosas como disciplina superior que lleva a la elevación del espíritu, al mejoramiento corporal. Y se apartó de las multitudes, lejos del bullicio y la algarabía de la vida para reconcentrarse consigo mismo. Torturado por el medio ambiente que le rodeaba; descentrado de su órbita por ese anhelar eterno; nacido fuera de tiempo por el absurdo querer del destino, fue el triste romero e incansable peregrino por todos los senderos de la vida en pos de su redención ofrendando a los pies del dios de la verdad, su magnánimo corazón y su elevado espíritu. Fue purificándose a sí mismo y lo consiguió en el crisol de su propio carácter, de su propia fuerza de voluntad empleando como fuego, el fuego más ardiente de la dulzura y del amor para con los demás. En íntimo holocausto brindó a solas, en el silencio de su grandeza interior y rodeado de

una tristeza perenne cual las tristezas de las cuencas de la cordillera andina, el sacrificio más hondo y más duro de su corazón.

Y siguió siendo el viajero solitario de la vida, fuerte, dominador.

INDICE

	<u>Pág.</u>
UN NOMADA.....	5
FUE UN AMOR.....	8
EL ALMA DE LAS MUJERES.....	11
LA CARCAJADA.....	13
TU RETRATO.....	18
EL AMOR.....	21
TARDE DE VERANO.....	24
LO IRREMEDIABLE.....	28
EN BELLA--VISTA.....	31
PORQUE NO TENIAS CORAZON.....	33
NO ERA SU CULPA.....	35
LA AMADA IMPOSIBLE.....	38
UNA PEQUEÑEZ.....	41
UN EPISODIO DE LA VIDA.....	44
NOCHE BOHEMIA.....	47
LIRIO DE DOLOR.....	50
PASIONARIA.....	57
DEMASIADO TARDE?.....	62
POBRE CARMELA.....	66
FRAGMENTOS.....	71
LA FATALIDAD DE LAS DISTANCIAS.....	83
EL VIAJERO SOLITARIO.....	89

DEL MISMO AUTOR

OBRAS PUBLICADAS

*Estudio sobre nuestra colesterinemia normal
y en algunos estados patológicos.
Ondas cortas.*

PROXIMAMENTE

*Mi vida interior.
A través del Ecuador. (Viajes).
Clelia, la víctima del destino. (Novela).*

EN PREPARACION

*La Obstetricia en la práctica.
Bajo el cielo de ultramar. (Viajes).
Negro y Rojo.*

PRECIO DEL EJEMPLAR, S/. 1,00